



HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 202-204
Mayo-Julio 2020



*Nada temas,
confía en mí*

Santificado por la palabra de María

*U*no de los medios bonitos para conocer el espíritu y el Inmaculado Corazón de María consiste en estudiar la vida de San Juan Bautista. Al haber sido santificado en el seno de Santa Isabel por la palabra de Nuestra Señora, se ve que Ella le comunicó allí, misteriosamente, su espíritu. Y todo lo que el Precursor realizó en su vida era una consecuencia de esa gracia inicial recibida y constantemente intensificada, a ruegos de Ella.

Luego podemos ver a San Juan Bautista como un asceta austero, predicador del Cordero de Dios que está por venir, y como un héroe que enfrenta a Herodes y muere como mártir, sublime en grandeza y en serenidad. Es una de las facetas del espíritu de María.

Plínio Corrêa de Oliveira



HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XVIII, número 202-204, Mayo-Julio 2020

Director Responsable:
Hugo César Grados Kiltka

Consejo de Redacción:
Hno. Guy de Ridder, EP
Hna. Juliane Campos, EP
Severiano Antonio de Oliveira

Administración:
Calle Dr. Guiu, 7
28035 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

www.heraldos.org

Montaje:
Equipo de artes gráficas
de los Heraldos del Evangelio

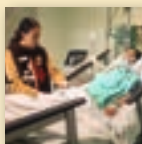
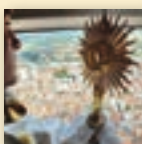
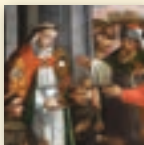
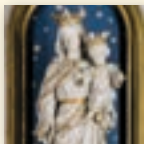
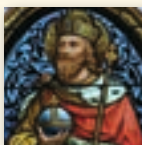
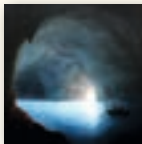
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fatima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores	4		¡Somos la artillería de Dios!	34	
Eucaristía, corazón de la Iglesia (Editorial) . .	5				
	La voz de los Papas – El misterio de la Sagrada Eucaristía	6		Luces de la intercesión de Dña. Lucilia - Irremediable accidente, prodigiosa curación	36
	Comentario al Evangelio – El Reino de Dios, ¡un reino de lucha!	8		Heraldos en el mundo	40
	Cristo en nosotros por la Sagrada Eucaristía	14		Sucedió en la Iglesia y en el mundo	43
	Jesús está ahí: ¿por qué dudar?	18		Historia para niños... El león y la hormiga	46
	Comentarios a la Salve – Divina música de las armonías marianas	20		Los santos de cada día	48
	¿Quién es el «autor» de la devoción a la Virgen María?	28		¿Palacio o cueva?	50
	San Bonifacio de Maguncia – Padre de los pueblos germánicos	30			



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

ME SIENTO APOYADA POR LO QUE OFRECÉIS

Soy profesora, casada y con hijos. Leo vuestra revista desde hace tiempo porque me parece realmente muy hermosa y edificante; con características tanto gráficas como, sobre todo, de contenido que en la actualidad son bastante difíciles de encontrar en la prensa católica.

Aprecio muchísimo el corte editorial de las materias, enfocadas siempre hacia un tema existencial, es decir, una visión del cristianismo no reducible únicamente al aspecto horizontal, sino que versa acerca del significado de la vida y de la muerte y, por tanto, propone un cristianismo basado precisamente en... ¡Cristo! Parece obvio, pero hoy día a menudo se «olvidan» de Él para hacer cosas que pueden ser buenas, sin embargo, ya no tienen raíces en la profundidad de la vida interior de cada uno.

Disculpádmela larga introducción, hecha tan sólo para decir que me siento apoyada por lo que ofrecéis en las páginas de la revista, por las historias edificantes, por la vida de los santos, que nos los presentáis no de una manera muy lejana a nosotros, sino acentuando exactamente las dificultades de su vida y la «solución» que supieron encontrar en la oración, en el abandono y en resurrección... en la verdadera fe.

Os escribo particularmente porque me gustaría preguntaros cómo podré obtener todas las vidas de santos ya publicadas en la revista. Sé que existen libros como los del P. Scari, pero lo que yo deseo en realidad son vuestros artículos! ¿Dónde los en-

cuentro? ¿Los puedo recibir por correo electrónico o localizarlos en alguna parte?

Muchas gracias por el bien que hacéis y iseguid adelante!

*María Cardone
Bari — Italia*

JÓVENES SIEMPRE SONRIENTES Y BIEN ATAVIADOS

En cuanto a vuestras revistas, todos los artículos son dignos de mención, pues sus autores parecen estar inspirados por el Espíritu Santo, Dios Padre y Dios Hijo, y se nota que hay mucho trabajo y dedicación. A todos, mi agradecimiento. La revista del pasado febrero me pareció aún más digna de ser destacada, con sus artículos sencillos y de buena comprensión, de carácter bastante religioso, los cuales han quedado en mi mente. Voy a leerla de nuevo, para comprenderla mejor.

Admiro todos vuestros trabajos en la educación de tantos jóvenes y adultos, siempre sonrientes y bien ataviados, con un carácter digno y humano, Ojalá perdure para siempre y se extienda por más países.

*José Moreira Ribeiro
Tomar — Portugal*

«EL ENCUENTRO DE DOS MIRADAS»

Al leer la revista *Heraldos del Evangelio*, pude percibir cómo son maravillosos los pensamientos que contiene, para que podamos seguir en el camino del bien. Nos ayuda a entender muchas cosas, pequeños detalles que a veces no notamos, ni nos paramos a pensar en ellos o reflexionar cuán grande y bello es servir a Dios. Y leyendo esta revista despertó en mi alma un fuerte deseo de servirle cada vez más.

También es edificante ver cómo los *Heraldos* están creciendo y ex-

pandándose por el mundo entero, siempre haciendo el bien a todos por amor a Cristo, despertando así el gusto de muchas personas para practicar el bien y ser como los *Heraldos*, haciéndolo todo por amor.

Recuerdo un artículo de la revista que me llamó la atención, hace algún tiempo atrás, que se llamaba *El encuentro de dos miradas...* Nos mostraba cómo es bella la comunicación humana a través del intercambio de la mirada, ejemplificándolo con las miradas de la Virgen y la de Jesús, con tanto amor, que no se puede expresar con palabras.

*Joice Priscila de Araújo
Osasco — Brasil*

FOTOS, INFORMACIONES Y DEVOCIONES INSPIRADORAS

Sus revistas son de primera clase. Están ilustradas con hermosas fotos, llenas de miembros de la asociación en actitud reverente, completadas con páginas de informaciones y devociones, todo muy inspirador.

Después de leer cada ejemplar, me aseguro de compartirlas con los miembros de mi parroquia.

*Fabiola Bonome
Upland — Estados Unidos*

MI VIDA ESPIRITUAL MEJORÓ

Le agradezco a Dios el magnífico trabajo de los *Heraldos*. Me siento bendecida por recibir la revista *Heraldos del Evangelio*.

Desde que empecé a leerla, mi vida espiritual mejoró. ¡El Señor me ha favorecido con tantas cosas buenas! Mis oraciones nunca quedan sin respuesta y lo alabo todos los días por su bondad. Ustedes están haciendo un óptimo trabajo al publicar la revista *Heraldos del Evangelio*. ¡Adelante con esta buena obra!

*Theresa Logan
Ajax — Canadá*

EUCARISTÍA, CORAZÓN DE LA IGLESIA

Edificada por Nuestro Señor Jesucristo, la Iglesia depende enteramente de la vida de su divino Fundador, de la cual los hombres participan por medio de los sacramentos. La vitalidad del Cuerpo Místico reside en la gracia que éstos transmiten, sobre todo a través de la Sagrada Eucaristía.

Fervororísimo devoto de este sacramento, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira afirmaba que gracias a la misteriosa presencia de Jesús en las sagradas especies «la Historia del mundo se desarrolla, la virtud crece y la Iglesia se expande, y se expande hasta cuando parece que mengua» (*Conferencia*, 3/4/1969). También estaba convencido de que bastaba «un sacerdote que dijera Misa, una hostia consagrada y un fiel con fe y devoción a esa hostia» (*Conversación*, 4/10/1988) para que fuera posible no sólo una restauración de la sociedad, sino el surgimiento de maravillas nuevas, superiores a todas las que existieron antaño.

Apoyándose en teólogos de renombre, el Dr. Plinio explicaba que «el Sacrificio de la Misa tiene un valor de tal manera inapreciable e infinito, al pie de la letra, que si en determinado día dejara de ser celebrado la justicia de Dios caería sobre el mundo y destruiría todas las cosas» (*Conferencia*, 8/4/1971).

Esa certeza le hizo concluir que el punto verdaderamente vital de la lucha entre el bien y el mal «está en que sean celebradas muchas Misas, y que sean celebradas adecuadamente por los sacerdotes, así como que los fieles participen, también adecuadamente, en ellas» (*Conversación*, 22/8/1988). Si en el mundo existiera mucha devoción eucarística la sociedad sería otra, pues todo depende, en último análisis, de nuestro amor a Dios, el cual se demuestra precisamente en los momentos de dificultad.

Hoy día, mientras se multiplican las insatisfacciones sociales y las preocupaciones con el cambio climático, ¿quién procura evaluar cómo está su devoción al Santísimo Sacramento? ¿Tenemos al Señor como centro vital de nuestra existencia o vamos acostumbrándonos, con indiferencia, a un mundo sin Jesucristo y sin vida sobrenatural?

Tras plantearnos estas cuestiones, aún podríamos preguntarnos: ¿No tendría Él muchas cosas de nuestro tiempo de las que quejarse? Recordemos que uno de los signos precursores del castigo de Dios es su retirada de en medio de los hombres, en atención a los tristes anhelos de éstos de vivir en un plano meramente terreno...

Ahora bien, si el poder de la Eucaristía es infinito y constituye la verdadera vida de la Iglesia, todos los acontecimientos han de gravitar en torno a ese sacramento. Así, por más que disminuya el número de sus auténticos devotos, el reloj de Dios y de la Historia dependerá siempre de las almas fieles, firmes y fervorosas: aquellas que aman con ardor a la Sagrada Eucaristía.

¿No estaremos viviendo, pues, en estos tiempos tan conturbados, la realización del sueño profético de San Juan Bosco, que veía la salvación de la Iglesia en la doble devoción eucarística y mariana? ♦



**Mons. João
Scognamiglio Clá
Dias, EP, celebra la
Santa Misa en la
basílica de Nuestra
Señora del Rosario,
3/4/2010**

Foto: Sergio Miyazaki



El misterio de la Sagrada Eucaristía



Conviene que todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consiste en la participación en el sacrificio eucarístico, de un modo tan intenso y activo, que estrechísimamente se unan con el Sumo Sacerdote.

El misterio de la Sagrada Eucaristía, instituida por el Sumo Sacerdote, Jesucristo, y por voluntad de Él constantemente renovada por sus ministros, es como el compendio y centro de la religión cristiana. Trátándose del punto más alto de la sagrada liturgia, creemos oportuno, venerables hermanos, detenernos un poco y llamar vuestra atención sobre argumento de tan grande importancia. [...]

Sacrificio propio y verdadero

El augusto sacrificio del altar no es, pues, una pura y simple conmemoración de la Pasión y Muerte de Jesucristo, sino que es un sacrificio propio y verdadero, por el que el Sumo Sacerdote, mediante su inmolación incruenta, repite lo que una vez hizo en la cruz, ofreciéndose enteramente al Padre, como Víctima gratísima. [...]

Idéntico, pues, es el Sacerdote, Jesucristo, cuya sagrada Persona es representada por su ministro. Este, en virtud de la consagración sacerdotal que ha recibido, se asemeja al Sumo Sacerdote y tiene el poder de obrar en virtud y en persona del mismo Cristo; por eso, con su acción sacerdotal, en cierto modo, «presta a Cristo su lengua y le alarga su mano»¹.

Idéntica también es la Víctima, esto es, el Redentor divino, según su naturaleza humana y en la realidad de su cuerpo y de su sangre. Es diferente, en cambio, el modo como Cristo se ofrece.

En efecto, en la cruz Él se ofreció a Dios totalmente y con todos sus sufrimientos, y esta inmolación de la Víctima fue llevada a cabo por medio de una muerte cruenta, voluntariamente padecida; en cambio, sobre el altar, a causa del estado glorioso de su naturaleza humana, «la muerte no tendrá ya dominio sobre Él» (Rom 6, 9), y por eso la efusión de la sangre es imposible; pero la divina Sabiduría ha hallado un modo admirable para hacer manifiesto el sacrificio de nuestro Redentor con señales exteriores, que son símbolos de muerte, ya que, gracias a la transustanciación del pan en el cuerpo y del vino en la sangre de Cristo, así como está realmente presente su cuerpo, también lo está su sangre; y de esa manera las especies eucarísticas, bajo las cuales se halla presente, simbolizan la cruenta separación del cuerpo y de la sangre. De este modo, la conmemoración de su muerte, que realmente sucedió en el Calvario, se repite en cada uno de los sacrificios del altar, ya que, por medio de señales diversas, se significa y se muestra Jesucristo en estado de víctima.

Alabanza, expiación, impetración y acción de gracias

Idénticos, finalmente, son los fines, de los que es el primero la glorificación de Dios. Desde su nacimiento hasta su muerte, Jesucristo ardió en el celo de la gloria divina; y, desde la cruz, la oferta de su sangre subió al cielo en olor de suavidad. Y para que este himno jamás termine, los miembros se unen en el sacrificio eucarístico a su Cabeza divina, y con Él, con los ángeles y arcángeles, cantan a Dios alabanzas perennes dando al Padre omnipotente todo honor y gloria.

El segundo fin es dar gracias a Dios. El divino Redentor, como Hijo predilecto del Eterno Padre, cuyo inmenso amor conocía, es el único que pudo dedicarle un digno himno de acción de gracias. Esto es lo que pretendió y deseó, «dando gracias» (Mc 14, 23) en la Última Cena, y no cesó de hacerlo en la cruz, ni cesa jamás en el augusto sacrificio del altar, cuyo significado precisamente es la acción de gracias o eucaristía; y esto, porque «digno y justo es, en verdad debido y saludable»².

El tercer fin es la expiación y la propiciación. Nadie, en realidad, excepto Cristo, podía ofrecer a Dios omnipotente una satisfacción adecuada por los pecados del género humano. Por eso quiso Él inmolarsse en la cruz, «víctima de propiciación por

nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Jn 2, 2). Asimismo, se ofrece todos los días sobre los altares por nuestra redención, para que, libres de la condenación eterna, seamos acogidos entre la grey de los elegidos. Y esto no solamente para nosotros, los que vivimos aún en esta vida mortal, sino también para «todos los que descansan en Cristo (...), que nos precedieron con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz»³, porque, tanto vivos como muertos, «no nos separamos, sin embargo, del único Cristo»⁴.

El cuarto fin es la impetración. El hombre, hijo pródigo, ha malgastado y disipado todos los bienes recibidos del Padre celestial, y así se ve reducido a la mayor miseria y necesidad; pero, desde la cruz, Jesucristo, «ofreciendo plegarias y súplicas, con grande clamor y lágrimas (...) fue oído en vista de su reverencia» (Heb 5, 7), y en los sagrados altares ejerce la misma eficaz mediación, a fin de que seamos colmados de toda clase de gracias y bendiciones. [...]

La salvación afluye de la Cabeza a los miembros

Se puede decir que Cristo ha construido en el Calvario una piscina de purificación y de salvación que llenó con su sangre, por Él vertida; pero, si los hombres no se bañan en sus aguas y no lavan en ellas las manchas de su iniquidad, no serán ciertamente purificados y salvados.

Por eso, para que todos los pecadores se purifiquen en la sangre del Cor-

dero, es necesaria su propia colaboración. Aunque Cristo, hablando en términos generales, haya reconciliado a todo el género humano con el Padre por medio de su muerte cruenta, quiso, sin embargo, que todos se acercasen y fuesen llevados a la cruz por medio de los sacramentos y por medio del sacrificio de la Eucaristía, para poder obtener los frutos de salvación por Él en la misma cruz ganados.

Con esta participación actual y personal, de la misma manera que los miembros se asemejan cada día más a la Cabeza divina, así también la salvación que de la Cabeza viene, afluye en los miembros, de manera que cada uno de nosotros puede repetir las palabras de San Pablo: «Estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo, y yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí» (Gál 2, 19-20).

Porque, como en otra ocasión hemos dicho de propósito y ampliamente, Jesucristo, «mientras moría en la cruz, concedió a su Iglesia el inmenso tesoro de la redención, sin que ella pusiese nada de su parte; en cambio, cuando se trata de la distribución de este tesoro, no sólo comunica a su Esposa sin mancha la obra de la santificación, sino que quiere que en alguna manera provenga de ella»⁵.

No cese jamás nuestro himno de glorificación y de acción de gracias

El augustísimo sacramento del altar es un insigne instrumento para distribuir a los creyentes los méritos que se derivan de la cruz del divino Redentor. «Cuántas veces se celebra la me-

moria de este sacrificio, renuévase la obra de nuestra redención»⁶.

Y esto, lejos de disminuir la dignidad del sacrificio cruento, hace resaltar, como afirma el concilio de Trento⁷, su grandeza y proclama su necesidad. Al ser renovado cada día, nos advierte que no hay salvación fuera de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo (cf. Gál 6, 14); que Dios quiere la continuación de este sacrificio «desde levante a poniente» (Mal 1, 11), para que no cese jamás el himno de glorificación y de acción de gracias que los hombres deben al Creador, puesto que tienen necesidad de su continua ayuda y de la sangre del Redentor para borrar los pecados que ofenden a su justicia.

Conviene, pues, venerables hermanos, que todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consiste en la participación en el sacrificio eucarístico; y eso, no con un espíritu pasivo y negligente, discurriendo y divagando por otras cosas, sino de un modo tan intenso y tan activo, que estrechísimamente se unan con el Sumo Sacerdote, según aquello del Apóstol: «Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo» (Flp 2, 5), y ofrezcan aquel sacrificio juntamente con Él y por Él, y con Él se ofrezcan también a sí mismos.

*Fragmentos de la encíclica
«Mediator Dei», 20/11/1947.*

¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO. In *Ioannem*. Homilía LXXXVI, n.º 4.

² MISAL ROMANO. Prefacio.

³ MISAL ROMANO. Canon Romano.

⁴ SAN AGUSTÍN *De Trinitate*. L. XIII, c. 19.

⁵ PÍO XII. *Mystici Corporis Christi*, 29/6/1943

⁶ MISAL ROMANO. Secreto del domingo IX después de Pentecostés.

⁷ Cf. CONCILIO DE TRENTO. *Sesión XXII*, c. 2; can. 4.

Fotos: Reproducción



Pío XII proclama solemnemente el dogma de la Asunción, 1/11/1950.
En la página anterior, retrato del Pontífice - Nunciatura Apostólica en Paraguay

EVANGELIO

En aquel tiempo, ²⁴ Jesús propuso otra parábola a la gente: «El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; ²⁵ pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó.

²⁶ Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. ²⁷ En-

tonces fueron los criados a decirle al amo:

“Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”. ²⁸ Él les dijo:

“Un enemigo lo ha hecho”. Los criados le preguntan: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?”.

²⁹ Pero él les respondió: “No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo. ³⁰ Dejados crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero”.

³¹ Les propuso otra parábola: «El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza que uno toma y siembra en su campo; ³² aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un árbol hasta el punto de que vienen los pájaros del cielo a anidar en sus ramas».

³³ Les dijo otra parábola: «El Reino de los Cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta».

³⁴ Jesús dijo todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les hablaba nada, ³⁵ para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta: «Abriré mi boca diciendo parábolas; anun-

ciaré lo secreto desde la fundación del mundo».

³⁶ Luego dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle: «Explicanos la parábola de la cizaña en el campo». ³⁷ Él les contestó: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; ³⁸ el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del Reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; ³⁹ el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el final de los tiempos y los segadores los ángeles. ⁴⁰ Lo mismo que se arranca la cizaña y se echa al fuego,

así será al final de los tiempos: ⁴¹ el Hijo del hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su Reino todos los escándalos y a todos los que obran iniquidad, ⁴² y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. ⁴³ Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga» (Mt 13, 24-43).



Detalle de un grabado de Jacob Matham y Abraham Bloemaert (c. 1652)

Reproducción

El Reino de Dios, ¡un reino de lucha!

Los hijos de la luz, vigilantes en relación con el enemigo que siembra la cizaña a su alrededor y en su interior, deben sobre todo confiar en la fuerza de la gracia, la cual hace a los buenos crecer y fortalecerse en medio de los combates.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LA PRUDENCIA EN EL COMBATE AL MAL

Dios revela los misterios del Reino a los pequeños, dice la aclamación al Evangelio de este decimosexto domingo del Tiempo Ordinario (cf. Mt 11, 25), indicándonos la perspectiva desde la cual debemos analizar las tres parábolas contenidas en él. En este contexto la palabra «pequeños» no se refiere a los niños, ni a personas sin importancia o de corta inteligencia, sino a aquellos que saben reconocer la ínfima distancia existente entre la condición de criatura y la omnipotencia de Dios y viven en la alegría de depender enteramente de Él.

Quien tiene esa actitud de alma entiende con facilidad los elevados principios que, en el fragmento de San Marcos seleccionado por la liturgia, el Señor nos transmite a través de figuras sencillas, sacadas de la realidad común y corriente de aquella época: la cizaña y el trigo, el grano de mostaza y la levadura.

La primera parábola, narrada a la multitud y explicada después a los discípulos, a menudo es objeto de una interpretación absurda, fruto de la falta de estudio y meditación o, quizá, de la poca

atención prestada a las inspiraciones de la gracia. Según piensan algunos, la imagen de la cizaña arrancada del campo solamente en el momento de la cosecha habría sido empleada por el divino Maestro para demostrar la inutilidad de cualquier combate al mal por parte de los buenos. Sin embargo, lo que Jesús resalta en este pasaje es la necesidad de que seamos vigilantes de cara al enemigo, el cual nunca cesa en su empeño de perderlos, y de que lidiemos con él de manera prudente, esperando el momento más adecuado para extirparlo, como quedará claro a continuación.

Cuando se considera la lección de paciencia y prudencia contenida en esta parábola, surgen con frecuencia esta pregunta: ¿Por qué Dios permite la existencia del mal junto a los buenos? Entre otras razones, porque se trata de una condición esencial al estado de prueba, tanto para los hombres como para los ángeles. Es lo que sugiere la oración perfecta, enseñada por el Salvador: cuando rezamos el padrenuestro pedimos gracias para no sucumbir jamás a las tentaciones, pero no suplicamos que cesen.

Además de proporcionarnos la oportunidad de adquirir méritos por la resistencia y la perseve-

Surge con frecuencia esta pregunta: ¿Por qué Dios permite la existencia del mal junto a los buenos?



rancia, las tentaciones son un elemento indispensable para que ciertos aspectos de la grandeza de Dios se manifiesten. Él sacó de la nada el universo para su propia gloria, deseando llevar a las criaturas inteligentes, ángeles y hombres, a participar de su infinita felicidad. Antes, no obstante, cada una debe ser sometida a la prueba, en función de la cual el Creador mostrará su misericordia y justicia al concederle el premio o el castigo, en otras palabras, el Cielo o el Infierno tan claramente descritos en los versículos finales del Evangelio de hoy.

Se forma, así, un cuadro en que se destaca el papel imprescindible de la lucha para la santificación de los hijos de la luz. Lucha guiada por la virtud de la prudencia, la cual indica el camino más corto y eficaz, todo hecho de sabiduría, para lograr el fin.

Partiendo de ese prisma sobrenatural analicemos cada una de las parábolas.

II – TRES LECCIONES DE LUCHA Y DE CONFIANZA EN LA FUERZA DE LA GRACIA

Conforme registra San Mateo al principio de su capítulo 13, el Señor contó las parábolas sobre el Reino el mismo día en el que había discutido con los escribas y los fariseos a propósito de la curación de un poseído ciego y mudo (cf. Mt 12, 22-45). En esa ocasión destacó la gravedad del pecado contra el Espíritu Santo y profetizó la condenación de aquella «generación perversa y adúltera» (12, 9); además, esclareció al pueblo sobre su predilección por los que hacen la voluntad del Padre, señalando a los discípulos y diciendo: «Estos son mi madre y mis hermanos» (12, 49).

A continuación, narra el Evangelio que «salió Jesús de casa y se sentó junto al mar» (13, 1). Pero tanta gente se le acercó que tuvo que subirse a una barca, mientras el público permanecía en la orilla, a la manera de un anfiteatro. El pasaje recogido por la liturgia de hoy empieza justo después de la explicación de la parábola del sembrador (cf. Mt 13, 4-23), contemplada el domingo anterior.

En esta vida hay buenos y malos

En aquel tiempo, ²⁴ Jesús propuso otra parábola a la gente: «El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; ²⁵ pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó».

A primera vista, el relato del Señor no contenía ninguna novedad. La aparición de la cizaña en el cultivo del trigo era algo corriente y todos conocían la semejanza que existía entre los dos vegetales. Al proponer tal imagen como figura del Reino de los Cielos, quiso llamar la atención de sus oyentes con respecto a esta gran verdad: siempre hay una lección más alta detrás de las realidades comunes de la vida.

Destaquemos aquí un importante detalle: la hierba dañina no nació espontáneamente, sino que fue sembrada por el enemigo «en medio del trigo», el cual también fue lanzado a la tierra por el dueño del campo. Por consiguiente, hay una entera conjugación entre el demonio y sus seguidores, muy inferior, no obstante, a la unión que se esta-

La hierba dañina no nació espontáneamente, sino que fue sembrada por el enemigo



Segando el trigo, por François-Louis Français - Museo de la cartuja de Douai (Francia)

Reproducción



blece entre Dios y sus elegidos. A éstos les corresponde tomarse en serio la alianza ofrecida por el Señor, para que no sean devorados por la cizaña.

²⁶ «Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. ²⁷ Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”. ^{28a} Él les dijo: “Un enemigo lo ha hecho”».

La escena montada por Jesús deshace cierta idea optimista sobre nuestra existencia en este mundo. En la sociedad existe una mezcla entre la buena y la mala semilla que no puede ser eliminada y, muchas veces, sólo se vuelve perceptible cuando ambas están crecidas. Y tal es la cantidad de cizaña esparcida por el enemigo que el bien se convierte en una porción reducida en medio de ella.

Además, cada uno de nosotros carga semillas de cizaña dentro de sí, sean inclinaciones ruines, sean tentaciones o incluso inseguridades y aflicciones que el demonio explora para perturbarlos, y contra las cuales tenemos que oponer resistencia sin permitir que nos dominen.

La lucha, nota característica del Reino

^{28b} «Los criados le preguntan: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?”. ²⁹ Pero él les respondió: “No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo.

³⁰ Dejadlos crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arracad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacénadlo en mi granero”».

La actitud de los criados representa la mentalidad equivocada de quien juzga que las condiciones ideales para el desenvolvimiento de los hijos de Dios en el campo de este mundo consistirían en dulzuras y delicias, sosiego y ausencia completa de adversarios. Ahora bien, «*militia est vita hominis super terram* – la vida del hombre sobre la tierra es una lucha (Job 7, 1). El Reino de Dios es un reino de constante lucha y combate. Y el propio enfrentamiento entre la cizaña y el trigo existente dentro de nosotros durará hasta el instante en que, a semejanza de San Luis María Grignon de

Montfort en el lecho de la muerte, podamos decir: «Por fin, ya no pecaré más»¹.

Al vivir en medio de la cizaña sin pactar con ella ni dejarse influenciar, los buenos hacen patente el poder de la vigilancia y de la oración en la batalla contra las tentaciones y asaltos del enemigo. Siempre que lo pedimos, la gracia nos es dada en abundancia; e incluso para quien no reza Dios dispensa gracias suficientes para su salvación. Si hemos tomado la determinación de practicar la virtud, todo lo que contunda esa decisión interior no nos desestabilizará ni nos causará perjuicio alguno, sino, al contrario, nos fortalecerá.

Es interesante destacar que en el momento de la cosecha se distingue sin dificultad la cizaña del trigo: se arranca primero aquella, echándola al fuego, y después se guarda el otro en el granero. La certeza del juicio infalible de Dios, que separará buenos y malos en el fin del mundo concediéndole a cada uno el premio o el castigo de sus merecimientos, nos incentiva a la confianza. Siempre que nos mantengamos en el camino del bien y tratemos de corresponder a la gracia, Él no permitirá que el mal nos asfixie y destruya.

Concluida la parábola, el divino Maestro propone dos metáforas más sobre el Reino, una propia a captar la atención del público masculino y otra más atrayente para las mujeres allí presentes.

El resultado alcanzado por quien es fiel

³¹ Les propuso otra parábola: «El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza que uno toma y siembra en su campo; ³² aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un árbol hasta el punto de que vienen los pájaros del cielo a anidar en sus ramas».

Pequeñita, casi insignificante, la semilla de mostaza impresiona por la rapidez de su crecimiento y por las proporciones que alcanza cuando adquiere las condiciones propias a la germinación. Se presenta así como un símbolo del Reino de Dios, ya sea en su manifestación visible, la Santa Iglesia, ya sea en la discreta actuación de la gracia en el interior de los corazones. A partir de un reducido grupo de doce apóstoles, la iglesia se extendió por el mundo entero; de manera análoga, quien es fiel a aquello que recibe de la Providencia, incluso siendo flaco y diminuto en cua-

En el momento de la cosecha se distingue sin dificultad la cizaña del trigo



*Jesús llama
a todos los
hombres
para que se
beneficien
de su sangre
redentora y
anden por los
caminos de
la santidad*

lidades naturales, se volverá grande de espíritu, repleto de dones sobrenaturales, capaz de amparar y ayudar a otros.

Vale la pena detener nuestra atención en un pormenor: el grano de mostaza sólo brota y se desarrolla con tal vigor porque ha sido depositado en la tierra. Si tan pronto como surgiera el tallo lo retiráramos del suelo y lo pusiéramos sobre una tela limpia, pocas horas después se marchitaría por completo y moriría. Bajo este aspecto, la comparación empleada por el Señor recuerda la importancia de evitar los ambientes que no favorezcan nuestra santificación. Por muy prometedora que sea, nuestra vitalidad de nada nos valdría si no huimos de las ocasiones próximas de pecado y no tratamos de progresar en la unión con Dios. Por el contrario, si tenemos un vínculo estrecho con el Creador y, en consecuencia, verdadera aversión a todo lo que de Él nos aparta, continuamente recibiremos el estímulo, el apoyo y las fuerzas que nos sustentarán rumbo a la perfección.

³³ Les dijo otra parábola: «El Reino de los Cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta».

Esta parábola encierra la misma lección que la anterior: de una causa en apariencia pequeña, surge un efecto muy superior. La masa se agranda por el simple hecho de estar fermentada; solo hay que esperar la acción de la levadura. Así actúa Dios en las almas: cuando llama a alguien de un valor mínimo a los ojos del mundo, semejante al granito de mostaza o a una medida de levadura, y la persona corresponde a la gracia, por mucho que haya dificultades los frutos de su apostolado serán copiosos. Evidentemente las cualidades y los talentos humanos pueden ayudar, pero la parte más importante de una obra sobrenatural compete a la intervención de la Providencia.

³⁴ Jesús dijo todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les hablaba nada, ³⁵ para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta: «Abriré mi boca diciendo parábolas; anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo».

Al ser Dios, Nuestro Señor Jesucristo poseía un conocimiento perfecto y eterno de todas las cosas y, al iniciar su vida pública, reveló maravi-

llas hasta entonces ocultas a los hombres. Al referir ese pasaje del salmo 77 en cuanto al modo de enseñar propio al Redentor, San Mateo evidencia cómo Él era la realización de las grandezas mesiánicas profetizadas en el Antiguo Testamento.

Dos caminos opuestos, dos destinos eternos

³⁶ Luego dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle: «Explícanos la parábola de la cizaña en el campo». ³⁷ Él les contestó: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; ³⁸ el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del Reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; ³⁹ el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el final de los tiempos y los segadores los ángeles».

Terminada la predicación, el Señor regresa a casa, donde los discípulos le piden que les explique el sentido de la parábola de la cizaña. Con naturalidad, entonces esclarece, resaltando el destino final de las huestes que se enfrentan en el campo de este mundo: el Reino de Dios está constituido por hijos de la luz, los cuales gozarán de la eternidad feliz, pero entre ellos también se encuentran los malos, que en el fin de los tiempos serán precipitados al Infierno junto a los demonios.

Jesús «siembra la buena semilla»: es quien llama a todos los hombres para que se beneficien de su sangre redentora y anden por los caminos de la santidad, reservándoles gracias especiales para que, incluso siendo débiles, se mantengan fieles a lo largo de la vida.

Están, por otra parte, los «partidarios del Maligno», es decir, los que decidieron seguir el camino del pecado y darle la espalda a la virtud. Quien así los desvía y los transforma en cizaña es el propio Satanás.

⁴⁰ «Lo mismo que se arranca la cizaña y se echa al fuego, así será al final de los tiempos: ⁴¹ el Hijo del hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su Reino todos los escándalos y a todos los que obran iniquidad, ⁴² y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. ⁴³ Entonces los justos brillarán como el sol

en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga».

Les corresponderá a los ángeles la misión de arrancar del Reino todo lo que pertenece al demonio, lo que significa extirpar no sólo a aquellos que abrazan el mal, sino también «a todos los que obran iniquidad». La expresión «horno de fuego» sugiere un pleonismo, pero el Señor la emplea para reforzar la idea del ardor de las llamas del Infierno, que no se extinguirán por toda la eternidad. Se trata de un fuego inteligente, alimentado por Dios, capaz de quemar sin consumir y en la medida exacta determinada por la justicia divina para cada condenado.

Al «llanto y el rechinar de dientes» de los pecitos, cuyos cuerpos, que reflejan la desgracia del alma, resurgirán opacos, fuliginosos y malolientes, se contraponen la felicidad de los santos, que resucitarán resplandecientes de luz y de gloria, brillantes como el sol.

III – LA ENSEÑA DE NUESTRO PASO POR LA TIERRA

Explicitada por el Señor en la parábola de la cizaña y el trigo, la lucha es la enseña de nuestro paso por la tierra. Quien se compenetra de esta verdad vive lleno de alegría y no se perturba cuando el mal se levanta con odio de destrucción, pues sabe que la vitalidad de los buenos viene del propio Dios. Nunca debemos, por tanto, aceptar cualquier pensamiento de desconfianza, tristeza o desánimo al presenciar a la cizaña atacando el trigo. Por el contrario, nos cabe mantener la convicción de nuestra superioridad en cuanto combatientes de Dios frente a los que han sido plantados por el enemigo.

Un gran auxilio para que jamás perdamos esa esperanza está en que no dejemos que se apague en nuestro horizonte interior los acontecimientos que encerrarán la Historia de la humanidad. Vivimos en el tiempo y los pequeños episodios del día a día nos impresionan, causándonos a menudo aflicciones, aunque todo eso pasa. En el día del Juicio pesarán nuestro amor a aquel que nos sembró y nuestra generosidad en retribuirle a Él la savia que infundió en nosotros y los cuidados que nos dispensó.

En los momentos más arduos de la embestida contra el mal, tengamos presente que nuestra oración siempre es escuchada por el Cielo. Dios puede tardar en atender, pero nunca nos abandonará,



Jesús predicando
Iglesia de Santa Marta, Sarasota (EE. UU.)

Angélica Ferreira

*Nunca
debemos
aceptar
cualquier
pensamien-
to de descon-
fianza,
tristeza o
desánimo al
presenciar a
la cizaña
atacando
el trigo*

sobre todo cuando le pedimos que venza a la cizaña que germina dentro de nosotros. Recordemos que Él es la Integridad y no rompe la alianza establecida con aquellos que confían en la omnipotencia de su perdón; Él es la Bondad y continuamente quiere hacernos el bien; Él es nuestro Redentor y nos prometió la resurrección gloriosa, dejándonos como prenda la «levadura» que ni siquiera los ángeles pueden recibir: la Eucaristía.

En suma, la liturgia de hoy abre una estela de misericordia, de bondad y de perdón infinito concedidos por Dios a nosotros, siempre que reconocamos nuestra pequeñez y sepamos alabarle, no solo con los labios, sino también con los actos, luchando por su gloria en esta tierra. ✧

¹ Cf. ABAD, SJ, Camilo María. Introducción general. In: SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Obras*. Madrid: BAC, 1954, p. 66.



Cristo en nosotros por la Sagrada Eucaristía

En la comunión, Nuestro Señor Jesucristo entra en contacto con nosotros de un modo muy especial: ide alma a alma! Como Padre bondadoso y Médico infinitamente poderoso, quiere perdonarnos y curarnos.



Plinio Corrêa de Oliveira

Cuando yo era pequeño, en las clases de catecismo se le preguntaba al niño si creía que Nuestro Señor Jesucristo estaba realmente presente en la Sagrada Eucaristía. Tenía que dar una respuesta que me quedó grabada hasta hoy, muy bonita, como eran las respuestas del catecismo: «Creo que Él está presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad».

Para comulgar bien debemos recordar la siguiente verdad: no vemos a Nuestro Señor Jesucristo, pero Él está presente en la Sagrada Eucaristía como lo estuvo en la casa de Nazaret, en Betania —con Marta y María—, en los brazos sagrados de la Santísima Virgen o en la cruz.

Y en la comunión ese mismo Jesús entra en nosotros.

«Caro Christi, caro Mariæ»

¿Cuál es la fuerza de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en nosotros cuando comulgamos?

Imaginemos a Jesús en el seno inmaculado y purísimo de la Virgen

María. Al ser Dios, desde el primer instante de su encarnación poseía inteligencia, mantenía comunicación directa, altísima e insondable con la Santísima Trinidad y recibía continuamente el culto de su Madre, la cual sabía que el Redentor estaba presente en Ella.

Durante los meses de la gestación, Nuestra Señora iba dándole elementos para que su cuerpo fuera constituyéndose y hacía actos de adoración y de amor cada vez más grandes, porque conocía el proceso por el cual Él

estaba pasando. La carne y la sangre sagradas de Jesús eran carne y sangre inmaculadas de María Santísima.

«*Caro Christi, caro Mariæ*», dicen los teólogos: la carne de Jesucristo es la carne de María. La presencia física de Nuestro Señor en el claustro inmaculado de la Santísima Virgen era tan íntima que determinaba como que una interpretación de las almas, así como había una interpretación de los cuerpos. Y eso convertía en extraordinariamente fecunda su presencia, la de Él, para sustentar aún más aquella montaña luminosa y cristalina de santidad que fue Nuestra Señora.

Jesucristo presente en nosotros

Luego por medio de la analogía de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en el claustro de María Santísima podemos comprender qué es la presencia eucarística en nosotros.

El Señor entra en nosotros y, mientras las sagradas especies permanecen en nuestro interior sin corromperse por el proceso de la digestión, existe una acción suya so-

*El Señor está
presente en la
Eucaristía como
lo estuvo en los
brazos sagrados de la
Santísima Virgen o
en lo alto de la cruz*

bre todo nuestro ser. Y como estamos compuestos de cuerpo y alma, Él misteriosamente entra en contacto santificante con nuestra alma. ¡Esa es la bienaventuranza extraordinaria que cada uno de nosotros recibe en el momento en el que comulga!

Para que comprendamos esa acción del Señor sobre nosotros durante la comunión, recuerdo un hecho muy bonito, narrado en el Evangelio.

Jesús estaba andando y una mujer enferma que quería ser curada, al ver a aquella muchedumbre de gente en torno al divino Maestro deseosa de oírlo y verlo o de quedar libre de alguna dolencia, se acercó por detrás y le tocó su túnica sagrada. En ese momento, Jesús se volvió y preguntó: «¿Quién me ha tocado?». Dice el Evangelio que Él sintió que una virtud salió de sí y pasó a otra persona (cf. Mc 5, 25-30).

Es decir, Él percibía que una fuerza —en ese caso, evidentemente, se trataba de una fuerza vital— salida de Él y transmitida a aquella mujer la había curado. Ahora bien, si una persona con fe, al tocar su túnica, podía ser curada, ¿qué significa recibirlo entero en nosotros? Es una gracia que no se puede medir.

Contacto de alma a alma

Imaginemos a una persona que va todos los días a casa de otra para conversar. Si fuera alguien distinguido, preclaro, eminente o santo, honraría aquella casa. Sin embargo, mucho más importante que eso será la convivencia de alma a alma establecida entre ambas. En la conversación, alguna cosa del talento, de la nobleza, de la excelencia, de las virtudes o de la santidad del alma del visitante es comunicada al visitado.

En grado inmensamente mayor, la sagrada comunión nos proporciona esos bienes, porque el Señor tiene con nosotros una convivencia mucho más íntima que la de un visitante en nuestra casa. Entrar en nuestro cuer-

po y tener allí ese contacto de alma es como que una interpenetración.

El Evangelio nos habla de las varias actitudes de Nuestro Señor. Aquellas que más me tocan son de dos tipos. Una es cuando se dirige al Padre eterno: sus palabras son lindísimas, humildísimas. Él es Dios, pero también hombre. Y si viéramos a un hombre como nosotros rezarle al Padre de ese modo, con esa humildad y, al mismo tiempo, con esa intimidad, nos sentiríamos sumergidos en ese haz de luz, casi que transportados hacia el interior de la Santísima Trinidad.

Para mí, las oraciones de Nuestro Señor son más bonitas que sus sermones y todo lo que hizo. Es natural, pues al hablarle al Padre eterno le diría cosas más bellas que a los hombres, a los cuales les hizo tan admirables revelaciones que hasta el fin del mundo no se habrá acabado de estudiarlas.

Supongamos también que, además de rezar, mirara y le dirigiera palabras a la Virgen —para mí, es la segunda actitud más tocante. La última mirada del Redentor hacia Ella desde lo alto de la cruz, ¡qué cosa maravillosa!

Nunca se comprenderá el esplendor de este intercambio de miradas.

Es necesario, por tanto, que consideremos a quién vamos a recibir y el inmenso honor, el beneficio incalculable que nos es concedido por aquel que así entra en nosotros y se digna establecer con nosotros tal unión.

Bondadosa visita

No debemos quedarnos únicamente con la sensación del honor, sino también de la bondad. Nuestro Señor, en la Sagrada Eucaristía, queda horas y horas solo, encerrado en un sagrario, aislado, en una capilla donde sólo

*Si una persona
con fe podía
ser curada,
¿qué significa
recibirlo entero
en nosotros?*



La curación de la hemorroída - Catedral de Almería (España). En la página anterior, Nuestra Señora del Santísimo Sacramento - Iglesia de San Claudio y San Andrés de los Borgoñones, Roma

Devoción suprema

La piedad eucarística ocupaba un lugar de primacía en la espiritualidad del Dr. Plinio. Era junto al Santísimo Sacramento y en las cuentas del Rosario donde se encontraba el secreto de ese infatigable luchador de la Santa Iglesia.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Quien nunca llegó a tener la oportunidad de acompañar al Dr. Plinio cuando se acercaba al sagrario o al ostensorio no podrá decir que conoció de verdad el amor que tenía para con Nuestro Señor Jesucristo. Eran momentos en los que, invariablemente, su sensibilidad sobrenatural era tocada a fondo por la presencia eucarística.

A respecto de eso comentó en la década de 1990, al salir de una de las casas de su Obra donde había participado en la inauguración de la adoración de las Cuarenta Horas: «Nosotros lo miramos a Él y Él como que nos mira a nosotros. No cabe duda de que nos sentimos vistos por el Santísimo y nos da la impresión de que nos dice: “Yo estoy aquí y, por lo tanto, no temas nada, porque todo tiene

arreglo. Yo soy Rey y lo puedo todo, quiero todo lo que sea para tu bien; y todo lo soluciono siempre y cuando confíes en mí”. Así es como interpreto la presencia del Santísimo. ¡Es de una belleza, de una bendición! ¡Es un silencio que habla, algo simplemente maravilloso, incomparable!».

Cuando entraba en iglesias o capillas donde el Santísimo Sacramento estuviera expuesto, tras una profunda reverencia se sentaba e, inmediatamente, clavaba la vista en la Sagrada Forma; y permanecía absorto en oración hasta el punto de casi no pestañear. Si en esas circunstancias había que transmitirle algún recado urgente o hacerle una pregunta rápida, él le hacía un gesto al que se le acercaba y le pedía que esperara un momento. Entonces le atendía, pero sin mover la ca-

beza ni quitar los ojos siquiera del ostensorio; y respondía en la misma posición, en voz baja y con pocas palabras.

Preguntado en cierta ocasión sobre esta actitud, de la que parecía deducirse una relación de intimidad con nuestro Señor sacramentado más sensible aún que en la propia comunión, el Dr. Plinio lo confirmaba: no recordaba haberse aproximado ni una sola vez al Santísimo para adorarlo sin que hubiera experimentado una atracción irresistible.

La sensibilidad eucarística del Dr. Plinio era tal que llegaba a tener una verdadera intuición de la cercanía del Santísimo Sacramento, lo cual se verificaba con frecuencia durante sus desplazamientos en automóvil. Al pasar por delante de las iglesias era capaz de decir si allí esta-

arde la lámpara del Santísimo Sacramento. A menudo hay gente que pasa por delante de un templo y nadie se detiene a rezar. Y Él está allí, a la espera de que alguien quiera comulgar. El Redentor, pues, se da a cualquiera, entra en su cuerpo y toma contacto con su alma para hacerle bien.

San Pedro dijo con respecto al Señor esta frase que me pareció muy bonita, de una sencillez y profundidad asombrosa: «*Pertransivit benefaciendo* – Pasó por todas partes ha-

*Jesús Eucaristía
permanece horas
y horas solo en el
sagrario, a la espera
de que alguien
quiera comulgar*

ciendo el bien» (Hch 10, 38). A los lugares donde iba, las personas más pecadoras eran recibidas con bondad. Así, durante la comunión debemos tener la confianza de que Él no es un juez severo, sino un padre bondadoso, un médico infinitamente poderoso y deseoso de perdonarnos.

«Madre mía, preparadme para la comunión»

Antes de comulgar, debemos traer esas consideraciones al espíritu, a fin



El Dr. Plinio no recordaba haberse aproximado ni una vez al Santísimo para adorarlo sin que experimentara una atracción irresistible

Comulgando durante una Misa en la década de 1980, acompañado por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

ba presente nuestro Señor sacramentado o no, y, dependiendo de esto, se quitaba el sombrero en señal de adoración o dejaba de hacerlo.

El enorme respeto que le tributaba a la Eucaristía se reflejaba también en ciertos pormenores relativos a los cuidados que tomaba cuando se preparaba para la comunión, hora sagrada, punto central y momento ápice de su jornada.

Incluso hasta el propio horario elegido para comulgar formaba parte de

estos hábitos: después de la siesta, al final del período dedicado a las oraciones; circunstancia en la que se sentía con mejor disposición. Por cierto, él mismo afirmaba que la preparación para el solemne acto de la comunión comenzaba desde por la mañana, al despertarse, y que su recuerdo se prolongaba a lo largo del día: «Una acción tan seria, como es la de recibir a Nuestro Señor Jesucristo en nuestras almas, debe marcarnos el día entero, a la manera de la Primera Comunión,

cuya recordación no debería disminuir con el tiempo, sino crecer».

La adoración a la Sagrada Eucaristía era la suprema devoción del Dr. Plinio. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira». Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, v. V, pp. 300-315.

de recibir dignamente al Santísimo Sacramento.

Y actuará de acuerdo con la condición de esclavo de Nuestra Señora, según la espiritualidad de San Luis María Grignon de Montfort, el que se prepare para la comunión en unión con Ella, pidiéndole las gracias necesarias.

Así es como me preparo, diciéndole a la Santísima Virgen: «Madre mía, preparadme para esta comunión, poniéndome en el alma todas

*En la comunión,
Jesús viene a
nosotros no como
un juez severo,
sino como un
padre bondadoso*

las buenas disposiciones, todas las buenas ideas, todos los buenos impulsos, para que tenga presente el inmenso honor que recibiré. Porque rezasteis, vuestro Hijo vendrá a mí».

En unión con Nuestra Señora todo se consigue. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de la revista «Dr. Plinio». São Paulo, Año XIII. N.º 144 (mar, 2010); pp. 16-18.



Francisco Lezardos

Jesús está ahí: ¿por qué dudar?

Acerquémonos a la Eucaristía y pidamos la intercesión de María Santísima para adorar a su divino Hijo como Él debe ser adorado. Amémoslo como Ella lo amó cuando lo llevaba en su seno virginal.



Hna. Luciana Niday Kawahira, EP

—¡Ah!... Eso no me lo creo.

—Bueno, pues te estoy diciendo la verdad. ¡Ven conmigo y lo verás!

Estos dos amigos se dirigieron a la plaza de la ciudad y pudieron ver entonces el extraordinario acontecimiento que allí estaba teniendo lugar.

Desafiado por un incrédulo

Nos encontramos en Rímíni, en pleno siglo XIII, en una época conurbada en la que las herejías provocaban divisiones e intrigas. Cierta hombre llamado Bonvillo osó negar ante San Antonio de Padua la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo bajo las especies del pan y del vino en el sacramento del altar.

El santo predicador, sin titubear, inquirió al incrédulo con el que discutía diciéndole: «Si tu mula adorara al verdadero cuerpo de Cristo bajo las especies eucarísticas, ¿creerías en la verdad del Sacramento de Dios?».

¡Un cuadrúpedo! Qué disparate el tomar por juez a semejante animal en una disputa teológica, pensarían algunos en nuestros días... No obstante, en aquella época los hombres creían en Dios, por más que muchos no lo respetaran o incluso lo ofendieran. Sobre todo, las personas escuchaban atentas las palabras de un santo taumaturgo, como el que allí se encontraba.

Intrigado, le respondió el hombre: «Durante dos días dejaré en ayunas a

mi mula y al tercero yo mismo la llevaré a la plaza pública. En un lado colocaré un excelente forraje y en el otro tú te pondrás con la hostia que dices que contiene el cuerpo de Cristo. Si el animal ignora la avena y se arrodilla ante la hostia, confesaré de buena gana también yo, con la boca y con el corazón, la verdad del sacramento eucarístico»¹.

La mula se arrodilla en adoración

Por inspiración del Espíritu Santo y lleno de sabiduría y discernimiento, San Antonio aceptó la propuesta.

Dos días estuvo la mula sin probar bocado y al tercero fue llevada a una plaza abarrotada de gente.

Con el codiciado forraje en un lado y en el otro la prenda de nuestra Redención conducida por las manos de San Antonio, el animal se dirigió solemnemente hacia el cuerpo adorable de Jesús y se arrodilló a los pies del predicador. Y sólo concluyó

*¡Un milagro más
era realizado en
la historia de la
Iglesia, demostrando
la presencia real
de Cristo en la
Eucaristía!*

este signo de adoración a las sagradas especies cuando el sacerdote le ordenó que se levantara.

Un milagro más era realizado en la historia de la Iglesia, demostrando la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Gracias a este prodigio, el hereje se convirtió y la multitud que asistía se llenó de piadoso temor, estupefacta al ver a una tosca bestia manifestar tal respeto y adoración al Santísimo Sacramento.

Misterio que supera la razón

«Lo que no comprendes y no ves, una fe viva lo atestigua, fuera de todo el orden de la naturaleza»². Así describe Santo Tomás de Aquino, con poética inspiración, ese misterio que supera la razón, acerca al hombre a lo sobrenatural y lo hace participar de la felicidad celestial ya en esta tierra.

No obstante, para tener fe en tal misterio es necesario, ante todo, aproximarse a ese sacramento, beneficiándose de sus efectos. Aunque no lo vemos con los ojos del cuerpo, al entrar en contacto con Jesús eucarístico es seguro que Él nos hará verlo de algún modo con los ojos del alma.

Dejémonos asumir por la presencia de aquel que nos ama infinitamente y que nos desea sólo el bien. La gracia nos hará comprender cómo Él es accesible y cómo depende de nosotros que sea manifestado ese amor.

¡Dios quiere ser respetado!

Si a todo hombre le gusta ser bien tratado, ¿qué decir del Creador del universo, que humildemente se esconde bajo las especies eucarísticas? Si mostramos un respeto filial por aquellos que nos engendraron, ¿no debemos

tenerlo aún más para con aquel que nos creó, sacándonos de la nada?

Por amor, Dios se hizo alimento que nos posee y transforma en sagrarios divinos. Nos dio la vida divina y la alegría de tenerlo presente en la Santísima Eucaristía, y a cambio desea ser amado y respetado en ese augusto sacramento.

El primer paso para darle todo el honor, la gloria y adoración debidos es creer que Jesús está ahí tan presente como lo estaba otrora recorriendo las calles de Jerusalén y Cafarnaún predicando, perdonando y realizando milagros.

¡Cuántas iglesias han sido erigidas para adorarlo! ¡Cuántos himnos, cánticos y oraciones de devoción

¡Cuántas iglesias han sido erigidas para adorarlo! ¡Cuántos milagros, curaciones y liberaciones obradas a través de su presencia real!

a su misterio eucarístico compuestos a lo largo de los siglos! ¡Cuántos milagros, curaciones y liberaciones obradas a través de su presencia real! ¡Cuántas y cuántas gracias silenciosas, profundas y transformadoras infundidas al recibir y adorar el «Pan de los ángeles»!

Ante tantos beneficios, ¿por qué dudar?

Pidamos la intercesión de María Santísima para adorar a su divino Hijo como Él debe ser adorado. Amémosle como Ella lo amó cuando lo llevaba en su seno virginal. De-seemos ser, como la Madre de Dios, sagrarios purísimos en los cuales la presencia de Dios se haga especialmente sensible en los momentos de dificultad y prueba. Seamos, en fin, un ostensorio vivo en el cual Cristo sea respetado, glorificado y adorado por aquellos que se acercan a nosotros. ✧

¹ GARDINI. *Nova vida de S. Antônio de Pádua*. Padua: Mensageiro de Santo Antônio, 1929, p. 30.

² Fragmento extraído de la secuencia *Lauda Sion*, de la Misa de Corpus Christi.



Leandro Souza

Adoración Eucarística en la casa Turris Eburnea, Mairiporã (Brasil). En la página anterior, San Antonio de Padua y el milagro de la mula - Convento Madre de Dios, Lisboa

Divina música de las armonías marianas

El Reino de María será el reinado de la clemencia, de la piedad y de la dulzura de Nuestra Señora. Al comentar la Salve, Mons. João S. Clá Dias nos desvela algo de esa era histórica en que el espíritu de la Madre de Dios estará presente en cada criatura.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



Movida por su carisma profético, hace mucho tiempo que la Iglesia discernió los designios divinos en cuanto a la era mariana¹ en cuyo umbral la humanidad se encuentra. Y, a lo largo de los siglos, viene alimentando en sus hijos la esperanza en esos gloriosos días por medio de súplicas y sacrificios expiatorios.

Además, consciente de que el vocabulario humano no es capaz de expresar las excelsas cualidades de Nuestra Señora, recurrió a las más diversas formas litúrgicas y artísticas para llevar a sus hijos a degustar místicamente las grandezas de la Madre de Dios. Y, *pari passu*, trató de desarrollar una terminología teológica que, a pesar de las limitaciones del conocimiento penumbroso propio al estado de prueba, sirviera de instrumento para poner en palabras las «intuiciones» que el Paráclito soplabá en las almas con respecto a su fidelísima Esposa.

Súplica arquetípica a Nuestra Señora

Entre las oraciones marianas así originadas, la Salve representaba

para el Dr. Plinio la súplica arquetípica a Nuestra Señora, la obra maestra del discernimiento profético y del celo teológico de la Iglesia a propósito del papel de la Virgen en la Historia de la salvación. Por medio de esta oración, él había penetrado en los misterios de la Reina soberana y deseaba rezarla hasta que su guerra e inocente alma estuviera a punto de dejar este valle de lágrimas a fin de contemplar la luz beatífica en los ojos de su Señora y Madre:

«Por encima de esos abismos de la muerte, más allá de los cuales está un Dios al que adoro, existe un puente

—que es la luz de mi alma y todo en mi vida— cuyo tamaño y valor mido mejor cuanto más me esmero en medir la profundidad del abismo. [...] La sonrisa por encima de las tinieblas del *impasse* y el puente lanzado por encima de los abismos es la devoción a Nuestra Señora. Por eso en la hora de la muerte debemos decir: *Salve Regina, Mater misericordiae*... Y nuestra alma será recogida en el Cielo»².

La Salve se asemeja a una música: hay fragmentos en *crescendo* y *decrescendo*, en *allegro* y *adagio*, de acuerdo con el significado de cada frase. Es la «composición» que contiene todas las melodías de las relaciones entre la Beatísima Trinidad y María Santísima. Podría hasta llamarse «música divina», pues resume los infinitos anhelos de Dios con respecto a su Hija, Madre y Esposa.

Rezándola con piedad, el fiel se asocia a los deseos del Creador y se introduce en los misteriosos vínculos que lo unen a éste con Ella. En el Corazón de María, a su vez, esa oración resuena como una alabanza y una petición hecha por el Altísimo, incluso cuando es hecha por un mísero pecador. Es

*La Salve
representaba para el
Dr. Plinio la súplica
arquetípica a la
Virgen y deseaba
rezarla hasta la
hora de la muerte*



Leandro Souza

María Auxiliadora - Casa Turris Eburnea, Mairiporã (Brasil)

como si Dios prestara su voz al suplicante para que éste conviva con su predilecta. ¡He aquí la fuerza de la Salve!

La grandeza divina encerrada en una criatura

Los títulos marianos contenidos en esa plegaria poseen una elevación que llega hasta Dios. Como Hija del Padre eterno, Nuestra Señora hereda una participación eminente en todos sus atributos que la hace tocar la esencia divina; en cuanto Madre del Hijo, gobierna su herencia y de ella se beneficia en calidad de Reina Madre; por su condición de Esposa del Espíritu Santo, comparte sus bienes y sobre ellos posee plenos derechos.

De ese modo, María vive del tesoro de la Trinidad y encierra en sí la grandeza divina en la proporción de una criatura, como si Dios hubiera elegido entre los hombres una «miniatura» suya. En otros términos, no siéndole posible engendrar una nueva Persona divina consubstancial a la Trinidad, el Creador la formó a Ella con la finalidad de convertirla en un «dios» para sí.

Ahora bien, a veces la meditación de las advocaciones de la Virgen par-

*Nuestra Señora
participa en esa
realeza de modo
«sui generis»:
Dios le confió de
alguna manera el
cetro de su poder*

te no de su perspectiva más universal y transcendente, es decir, de Dios y sus atributos, sino de aquello que se muestra más inmediato y concreto: el hombre y sus necesidades. Aun siendo legítima, esta visión acaba constituyendo un obstáculo para comprender la magnificencia del vínculo de María con la Santísima Trinidad, del cual fluye su vínculo con la humanidad.

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo de las advocaciones de esa inspirada y bellísima oración, el autor presentará a continuación sus reflexiones sobre algunas de ellas. Como el lector podrá comprobar, ta-

les consideraciones proporcionan un anticipo de la gloria esplendorosa que María Santísima irradiará por toda la tierra en los días de su reinado, así como de la convivencia desbordante de bondad, perdón y afecto que Ella establecerá con los hombres.

Según San Luis Grignon de Montfort,³ en esa relación íntima y maternal la Virgen los iluminará con su luz, los alimentará con su leche, los guiará con su espíritu, los sustentará con su brazo y los guardará bajo su protección. Ella misma será la savia vital que impulsará a cada uno de sus hijos y esclavos de amor rumbo a la unión con el Sagrado Corazón de su divino Hijo.

Reina de los hombres, de los ángeles y de la voluntad divina

Reina y Madre: dos títulos excelosos de la Santísima Virgen. Todos los atributos por los cuales se alaba a Nuestra Señora en la Salve proceden de esa singular unión entre la realeza y la maternidad.

«Dios te salve, Reina...». María posee en plenitud las insignias del poder regio: su majestad supera en

mucho a la de cualquier monarca, es suprema; su autoridad no depende de la aclamación de los hombres, es soberana; su imperio se ejerce sobre los Cielos y la tierra, las potestades angélicas y los seres humanos, es absoluto. Hace todo cuanto quiere, cuan-



Fernán Lecaros

El Dr. Plinio a inicios de la década de 1980

El Dr. Plinio entendió muy bien que invocar la realeza de María significa invocar su omnipotencia suplicante

do quiere y como quiere. Por tanto, se trata de una realeza que emana de la realeza divina.

Ahora bien, Dios es la matriz y la sustancia de la realeza: Rey de su voluntad, de sus planos, de sus posibles; en una palabra, Rey de sí mismo desde siempre. Su realeza consiste en el gobierno absoluto del Bien, que es su propia esencia.

Por una especialísima predilección, Nuestra Señora participa en esa realeza de modo sui géneris. Dios como que se entregó enteramente a Ella y le confió el cetro de su poder, para que gobierne la Creación, la Historia y —¡oh misterio insondable!— a Él mismo. A este título, se puede afirmar que, por un sublime arcano, María es Reina hasta de la voluntad divina, gozando de una audiencia omnipotente ante el trono del Altísimo.⁴ Todo está bajo sus pies, y la Trinidad se complace en ser regida por su Hija, Madre y Esposa.

Esto supone de parte de Nuestra Señora una entrañable unión con las tres Personas divinas, que la vuelve incapaz de realizar algo contrario a sus designios. En Dios y en María laten un mismo Corazón y una misma voluntad. Es como si el Todopoderoso leyera en el Corazón Inmaculado esta sentencia: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). El Creador se sometió de tal manera a la Virgen que, por así decirlo, sin Ella nada puede hacer.⁵

Tan osada afirmación debe ser entendida *cum grano salis*, pues sólo Dios es el Ser por excelencia⁶, el puro acto⁷, del cual proceden todas las cosas y por quien todo es sustentado en el orden del ser. Hecha esta reserva, parece que es aquí donde se encuentra el núcleo inefable de la Sagrada Esclavitud a Jesús por María. Aquello que el Señor, en razón de su justicia, podría rechazar a cualquier persona que a Él mismo se acercase directamente, siempre será concedido si la súplica parte del Corazón de su Madre Santísima.

«¡Salvadme, Reina!»

Tal es el esplendor de la realeza y del poder de Nuestra Señora. No hay, por consiguiente, invocación más bella ni más eficaz para recurrir a Ella. Bien lo comprendió el Dr. Plinio, cuando aún era un niño, al rezar la Salve en un momento de apuro.⁸ Creyendo, debido a su poca edad, que el saludo latino *salve* tuviera el sentido del verbo *salvar*, le dirigió a la Auxiliadora de los cristianos un clamor lleno de confianza: «¡Salvadme, Reina!». ¡Y fue atendido!

También a cada uno de nosotros le bastará gritar «¡Salvadme, Reina!» y enseguida Ella extenderá el cetro y moverá la voluntad del Padre. Ese llamamiento resuena a sus oídos como si se dijera: «¡Oh, Vos, que sois la Reina de las voluntades divinas y que gobernáis el Corazón de Dios, salvadme!».

Las fibras del maternal Corazón de María no resisten a quien así recurre a su intercesión. Invocar su realeza significa, pues, invocar su omnipotencia suplicante ante el Señor. No obstante, es necesario que la petición sea hecha con toda la confianza y con la certeza de que Ella nos salvará.

Personificación máxima de la misericordia divina

La expresión «Madre de misericordia», a su vez, evoca la misión impar de la madre en la convivencia familiar. Si al padre le corresponde representar la bondad fuerte unida a la justicia, a la madre le compete reducir esa justicia a proporciones diminutas, a límites ínfimos, a una casi desaparición. Ella debe hacer lucir la misericordia, el perdón y la indulgencia en un grado inimaginable. La armonía en el ambiente doméstico es fruto propiamente de la ternura materna.

Ahora bien, Nuestra Señora se distingue como la Madre de las madres. Designarla como «Madre de misericordia» parece, hasta cierto punto, una redundancia. Sin embar-

go, ese título se vuelve comprensible si llevamos en consideración que el sentido ordinario del vocablo *madre* se queda muy por debajo de su maternidad, la cual sólo tiene proporción con el propio Dios. Por decirlo así, en María se agotan los límites de la misericordia: Ella es la personificación máxima de ese atributo divino puesto en una criatura.

Pero su perdón maternal no significa condescendencia con el pecado y el vicio, como muchos erróneamente imaginan. Concebida en plenitud de gracia y sin cualquier mácula de culpa original, Nuestra Señora posee una noción clarísima de la ofensa que nuestras faltas representan contra Dios y contra el orden por Él establecido en el universo. Por lo tanto, Ella tiene un rechazo y un odio perfectos al pecado y a cualquier forma de mal: «*Perfecto odio oderant illos*» (Sal 138, 22).

¿En qué consiste entonces su misericordia? Exactamente en obtener gracias mayores y superabundantes a fin de que el pecador arrepentido venza sus malas inclinaciones y busque con toda su fuerza de alma la santidad máxima a la que está llamado. Y en esto se muestra su perdón, pues Ella abstrae de la necesidad previa de merecimientos para obtener tales beneficios, aplicando copiosamente a cada uno los méritos infinitos de la Redención de su divino Hijo, de los cuales es la universal Medianera y dadivosa Dispensadora.

«Vida nuestra»: esencia del Secreto de María

A continuación, la oración hace referencia a tres insignes títulos de la Santísima Virgen: «vida, dulzura y esperanza nuestra». ¿Existe alguna relación entre estas invocaciones y las precedentes? ¿O quizás constituyen meros adornos literarios? Si la examinamos con atención, se percibe que se trata de consecuencias o aplicaciones prácticas de las anteriores y de frutos de la misericordia.

Afirmar que algo es la «vida» de una persona significa que su existencia no tendría sentido si se le privara del elemento en cuestión. Así, se podría decir que la reforma de la Orden Cisterciense emprendida por San Bernardo de Clairvaux era su vida, pues en ella encontraba la finalidad para la cual Dios lo había creado. De modo similar, para un caballero templario la defensa de la Iglesia y de los Santos Lugares contra la saña de los infieles era su vida, o sea, el objeto de sus alegrías y esperanzas en medio de los sufrimientos y sinsabores de la realidad terrena. Y cabría aplicar la misma definición a Santa Isabel de Hungría, que hizo del servicio a los enfermos su gozo, su vida.

Por una razón análoga, pero más excelsa, el llamar a la Virgen de «vida nuestra» constituye uno de los aspectos más profundos de la devoción a Ella, ciertamente relacionado con la esencia del Secreto de María.⁹ ¿Por qué?

Al reflexionar sobre el misterio de la Encarnación, en especial el período de la gestación del Niño Jesús en el claustro purísimo de su Madre, un hecho extraordinario nos llama la atención: el Hombre Dios quiso que, durante nueve meses, su vida fuera una participación de la vida de María, por Ella sustentada y de Ella dependiente. Algo de su existencia humana estaba sujeta a la existencia de Nuestra Señora.

Por consiguiente, en su dinamismo especulativo y ávido por conocer la verdad última sobre los arcanos de Dios, cabrá a la teología futura interrogarse: si Cristo quiso depender de la vida de Ella en el tiempo —hasta el punto de que el Niño Jesús, con toda propiedad, podía exclamar en el vien-



Timothy Ring

María Auxiliadora - Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, São Paulo (Brasil)

El perdón maternal de María Santísima no significa, sin embargo, condescendencia con el pecado y el vicio, como muchos imaginan

tre virginal de María: «¡Madre mía, vida de mi vida!»—, algo de su vida divina y eterna ¿no dependería de Ella también? ¿De qué modo y con qué matices, ya que la cuestión no se refiere a términos absolutos? ¿Esa dependencia no obedecería a un sublime criterio que regiría la relación del Verbo Encarnado con las criaturas? En efecto, aunque en Él haya una dualidad de naturalezas, la divina y la humana, la unidad de Persona es resguardada por la unión hipostática en la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Así, el niño cuya vida sustentaba la Virgen en su seno era el propio Dios.

Mutatis mutandis, un fenómeno similar a lo que pasó con Jesús durante su gestación deberá darse con aquellos a quien Nuestra Señora introduzca en su Secreto: Ella los sustentará con su existencia y los alimentará con sus virtudes.¹⁰ Por ese vínculo materno, María se convertirá en la vida de sus hijos en el plano salvífico y sobrenatural, los cuales ya no podrán pensar, querer o actuar sin Ella. Participar así de la vida de la Santísima Virgen constituye el más alto grado de unión con Dios y el anhelo más profundo de las almas que aspiran a la perfección: «Madre mía, dame la gracia de vivir en tu interior, como el Niño Jesús allí vivió durante nueve meses. Sé la razón de mi existencia y la vida de mi vida. Amén».

Receptáculo de las dulzuras del Sagrado Corazón de Jesús

La Virgen también es «nuestra dulzura», cuando a Ella recurrimos humildemente. Esa dulzura se manifiesta en la afabilidad, condescendencia y bondad con que María nos acoge, incluso cuando estamos en la



Virgen de la Humildad, por Fra Angélico - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

«Vida, dulzura y esperanza nuestra...». ¿Existe alguna relación entre estas invocaciones y las precedentes?»

peor y más lamentable situación de alma. Con mayor solicitud aún que el padre de la parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15, 11-32) Ella sale al encuentro del hijo llagado y harapiento que se acerca, lo abraza y lo besa, le unge las heridas con bálsamo, lo reviste con la mejor túnica y realiza un

gran banquete para celebrar la recuperación de aquel fruto de sus entrañas que se había perdido.

Madre de Dios y nuestra, Ella nos cubre de afecto, suavizando las agruras y los sufrimientos de este valle de lágrimas, y comunica a nuestros corazones ánimo renovado para los combates que aún nos esperan. Nuestra Señora se manifiesta como «dulzura nuestra», sea cuando aparta los obstáculos de nuestro camino y nos conduce por los jardines paradisíacos de las consolaciones interiores, sea cuando permite que pasemos por arideces espirituales, trabas e incluso fracasos, a semejanza de su divino Hijo en la cruz. En cualquier circunstancia Ella nos obtiene gracias, virtudes y fuerzas necesarias para que seamos los luchadores y héroes de su glorioso Reino.

¡Cuán amarga se vuelve la vida de los que se adentran en las vías del pecado y rechazan las ternuras de esta Madre, cuyo Inmaculado Corazón es el receptáculo de las dulzuras del Sagrado Corazón de Jesús!

Esperanza llena de alegría y confianza

La tríada de alabanzas a María Santísima se cierra con la invocación «esperanza nuestra». Esta virtud se refiere, sobre todo, a la gloria futura (cf. Rom 5, 2), pero abarca igualmente los intereses espirituales y temporales de la vida presente. Como enseña Santo Tomás,¹¹ por ella se evitan los males y se procura el bien, pues no se espera si no el bien que se desea y se ama. Además, la esperanza conlleva un gozo de alma anticipado a la posesión del bien anhelado¹² y por eso el Apóstol nos exhorta: «Que la esperanza os tenga alegres» (Rom 12, 12).

La Salve no alude, sin embargo, a una esperanza cualquiera, sino a la «esperanza nuestra»: a aquella que, siendo la omnipotencia suplicante y la Madre misericordiosa del pecador, es incapaz de negarle una ayuda, pues nunca se oyó decir que, habiendo recurrido alguien a su protección, implorado su asistencia o reclamado su socorro, fuera por Ella desamparado.

¿De qué valdría una vida sin dulzura? Sin duda, sería una pesadilla. ¿Y una dulzura sin esperanza? Ciertamente, no pasaría de un gozo efímero, que no tardaría en convertirse en amargura. Al contrario, la esperanza llena el alma de alegría y hace florecer la confianza. Esta es la esperanza que la Estrella de la mañana transmite a sus hijos y esclavos, anticipándoles el gozo del Sol de Justicia, Cristo Señor nuestro.

Grandeza que acoge, eleva y ennoblece

Uniendo los extremos de la esfera espiritual, tras discurrir sobre las grandezas de Nuestra Señora, la Salve se vuelve hacia la pequeñez, la insuficiencia y la flaqueza de los hombres: «A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos».

¿Habrá una actitud de alma más apropiada que esa? Ante la sublimidad de las gracias y dones de María, ¿quién podría juzgarse algo? La única postura razonable consiste en contemplarla a partir de la miseria y de la insignificancia de un desterrado hijo de Eva, es decir, admirarla con corazón humilde. Es el ejemplo que Ella misma nos da en el cántico del Magnificat, al profetizar que todas las generaciones la proclamarían bienaventurada porque Dios había mirado «la humildad de su esclava» (Lc 1, 48).

Sin embargo, antes de hacerse pequeño es necesario apreciar la gran-

deza de la Santísima Virgen, pues esta perspectiva equilibra la ponderación de las miserias y flaquezas. Lejos de desdeñar a los hijos débiles y desvalidos, Ella los acoge, eleva y ennoblece, no sólo por desvelo y compasión, sino también por el placer que experimenta al verlos necesitados de su amparo. Ella se alegra con su pequeñez, porque así puede ser plenamente Madre de cada uno.

El propio Dios quiso hacerse Hijo de María, frágil y pequeñito en sus brazos, para que Nuestra Señora



El regreso del hijo pródigo - Catedral de San Francisco Javier, Green Bay (Estados Unidos)

ejerciera enteramente su maternidad sobre él. Y, después de adornar su alma de todas las virtudes y coronarlas con el don de la maternidad divina, se complació en asumir la humanidad en la condición de niño, para que su filiación a la Santísima Virgen fuera perfecta y pudiera, en una posición inferior en el orden de la naturaleza, contemplar las grandezas de

su Madre. Se trata de una situación paradójica, en la cual el Verbo eterno invierte los papeles, como diciendo: «Ella es tan bella, tan santa, tan semejante a mí que yo, Dios todopoderoso, no me resisto a encarnarme, para ser su Hijo y, por tanto, de alguna forma inferior a Ella».

En ese adorable acto de sumisión del Redentor a Nuestra Señora están inseridos todos los hombres, pues, al abandonarse a los cuidados de Ella, Jesús le entregó a cada uno como hijo suyo. Y, al ser el Hombre Dios causa ejemplar del actuar humano, el modo de relacionarse con su Madre se convirtió en el paradigma para los hijos y esclavos de Ella.

Ese fragmento de la Salve parece sugerirle al fiel dos gracias insignes a ser suplicadas: por una parte, la posibilidad de penetrar, comprender y amar el Secreto de María; por otra, la capacidad de aniquilarse y hacerse pequeño, a fin de participar más íntimamente de él. Los fracasos, miserias y faltas no deben constituir un factor de abatimiento y desánimo espiritual. Por el contrario, la Providencia los utiliza como instrumentos para «vaciar» el alma de sí misma y «llenarla» de la Virgen Santísima, como explica San Luis Grignon de Montfort.¹³

Al no encontrar un término más apropiado para expresar la propensión maternal de Nuestra Señora hacia sus hijos culposos de cara al supremo Juez, la Iglesia la tituló «abogada nuestra». Esa Abogada, empero, no se contenta con defender a los gusanillos y miserables pecadores,¹⁴ sino que asume como propias sus causas. Así, al presentarse en el tribunal eterno, Dios ya no ve sus flaquezas; en su lugar, contempla únicamente a María.

A semejanza de la reina Ester ante el rey Asuero (cf. Est 5, 1-8) le basta a Nuestra Señora comparecer junto al trono divino para que el Altísimo le conceda absolutamente todo. Su simple existencia es garantía de victoria

en las causas más imposibles. Recurramos, pues, llenos de confianza y con el corazón contrito, a nuestra invencible Abogada.

«Caro Christi, caro Mariæ»: el ápice de la Sagrada Esclavitud

Entre las sublimidades marianas que la Salve manifiesta está la aclamación: «Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre». La mutua esclavitud de amor existente entre Jesús y María era tan entrañada que ambos poseían no sólo el mismo espíritu y el mismo Corazón, sino incluso la misma carne: «Caro Christi, caro Mariæ».¹⁵

En virtud de esa unión, Nuestra Señora experimentó en su Corazón los indescriptibles dolores sufridos por Jesucristo en su cuerpo sagrado durante la Pasión. Se trata de un régimen de Sagrada Esclavitud¹⁶ llevado a un tal auge de perfección, que no hay palabras adecuadas para expresarlo; más elevado y grandioso, solamente la eterna pericoreosis de las tres Personas divinas.

Ahora bien, precisamente como consecuencia de esa esclavitud amorosa Nuestra Señora se convirtió en la Corredentora del género hu-

mano. Por designio del Padre eterno, Ella debía consentir cada sufrimiento de su divino Hijo, sabiendo que antes el Salvador ya había consentido en los

En virtud de esa unión, Nuestra Señora experimentó en su interior los indescriptibles dolores sufridos por Cristo durante la Pasión



Encuentro de Cristo con su Madre camino del Calvario
Museo de Bellas Artes de Salamanca (España)

Francisco Lecaros

sufrimientos de Ella. Surge, pues, una pregunta inevitable, la cual sólo puede ser entendida desde el prisma de la Sagrada Esclavitud... ¿Quién sufrió más: María al ver la Pasión de su Hijo o Jesús contemplando los dolores de su Madre?

La propia gracia del trueque de razones, del que hablan muchos santos y doctores, parece quedar por debajo de ese sublime misterio de la Sagrada Esclavitud revelado por la Salve al referirse a Jesús como el bendito fruto del vientre virginal de María. De hecho, además de Hija, Madre, Esposa y Esclava de Dios, es su Señora, pues a partir del momento en que el Verbo la escogió como Madre, Él se hizo también su esclavo. En ese acto se manifiesta el núcleo de la vocación

redentora: ser esclavo. Se podría afirmar que sin la esclavitud de la segunda Persona de la Santísima Trinidad al Padre y a María, la Redención no sería posible.

De otro lado, por el vínculo de esclavitud con su divino Hijo, Nuestra Señora se volvió el canal por el cual la esencia de la vida trinitaria, mutua esclavitud de amor, es comunicada a los hombres. De ese modo queda patente que los auges de grandeza se revelan por auges de esclavitud.

¹ Nota de la Redacción: Monseñor João S. Clá Dias trata ampliamente en esta nueva obra suya sobre el *Reino de María*, era histórica profetizada por San Luis María Grignon de Montfort.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 14/4/1974.

³ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 48.

⁴ Cf. Ídem, n.ºs 27; 76.

⁵ Al respecto, afirma San Anselmo: «Dios creó todas las cosas, y María engendró a Dios. Dios, que hizo todas las cosas, se hizo a sí mismo mediante María; y, de este modo, volvió a hacer todo lo que había hecho. El que pudo hacer todas las cosas de la nada no quiso rehacer sin María lo que había sido manchado. [...] Dios engendró a aquel por quien todo fue hecho; y María dio a luz a aquel por quien todo fue salvado. Dios engendró a aquel sin el cual nada existe; y Ma-

ría dio a luz a aquel sin el cual nada subsiste. ¡Verdaderamente el Señor está contigo, puesto que ha hecho que toda criatura te debiera tanto como a Él!» (SAN ANSELMO DE CANTERBURY. *Oratio VII*).

⁶ Explica el Doctor Angélico que, al ser Dios el «*ipsum esse subsistens*», los propios conceptos de existencia y esencia se identifican en Él, conforme el Señor se lo declaró a Moisés: «Yo soy el que soy» (Éx 3, 14). Todas las criaturas tienen el ser por participación

en el Ser divino (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 3, a. 4; q. 4, a. 2; *Summa contra gentiles*. L. I, c. 22; *De potentia*, q. 7, a. 2; *Scriptum super Sententiis*. L. I, d. 8, q. 4, a. 1-2; q. 5, a. 2).

⁷ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 3, a. 7; *Summa contra gentiles*. L. I, c. 16; 18; *Scriptum super Sententiis*. L. I, d. 8, q. 4, a. 1.

⁸ Para conocer más detalles sobre la insigne gracia recibida por el Dr. Plinio, véase: CLÁ DIAS,

«O clemens, o pia, o
dulcis Virgo María!»

Tanta sublimidad encierra la última tríada de aclamaciones de la Salve que se diría que el fiel devoto ha sido arrebatado a la contemplación de los pináculos de santidad de Nuestra Señora. Si Dios entonces le dijera «He aquí mi Paraíso», de aquel corazón entusiasta brotaría la frase perfecta: «¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María!».

¿Qué maravillas no habrá vislumbrado San Bernardo cuando, en un éxtasis, completó con esa breve sentencia nuestra oración? Ciertamente lo que ni el gran Moisés, ni el ígneo Elías jamás vieron: ¡el esplendor del alma de María Santísima, en la cual reconoció el rostro del propio Dios! Fascinado por su luz, no encontró sino esa triple exclamación para expresar la inmensa gracia recibida: «O clemens, o pia, o dulcis Virgo María!».

Estaba todo dicho. Y, en el abrasado y aguerrido corazón del Doctor Meliflúo, ya había sido fundado el Reino de María. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:

«Maria Santíssima! O Paraíso de Deus revelado aos homens».

São Paulo: Arazos do Evangelho, 2020, v. III, pp. 129-149.



Gustavo Kraijl

Nuestra Señora de la Merced, por Lippo Memmi
Catedral de Santa María, Orvieto (Italia)

EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa De Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, v. I, pp. 336-348.

⁹ En sus escritos, San Luis María Grignon de Montfort se refiere a la esclavitud de amor a María, por él preconizada, como un secreto revelado por el Altísimo de una vía segura para la santidad (cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Le secret de Marie*, n.º 1). Más que prácticas piadosas, ese

secreto consiste en hacer todas las cosas con María, en María, por María y para María; tiene por principal fruto establecer la propia vida de la Santísima Virgen en el alma; y la fidelidad a él es fuente extremadamente rica de nuevas gracias (cf. Ídem, n.ºs 28; 53; 55).

¹⁰ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 206.

¹¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 40, a. 7; II-II, q. 20, a. 3.

¹² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 40, a. 8; *Scriptum super Sententiis*. L. III, d. 26, q. 1, a. 3.

¹³ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, op. cit., n.ºs 78-82.

¹⁴ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *L'amour de la Sagesse Éternelle*, n.º 226.

¹⁵ Del latín: «La carne de Cristo es la carne de María».

¹⁶ Nota de la Redacción: el autor alude a la esclavitud de amor recomendada por San Luis María Grignon de Montfort en el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, de la cual Nuestro Señor Jesucristo nos dio sublime ejemplo al encarnarse en el claustro virginal de María y serle sumiso durante treinta años (cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 18).

¿Quién es el «autor» de la devoción a la Virgen María?

Si San Pablo afirma que hay un «único mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús», ¿para qué recurrir a la intercesión de la Virgen María? ¿No sería más adecuado recurrir directamente al Señor?



P. Alex Barbosa de Brito, EP

A lo largo de los siglos, mucho se ha discutido respecto al culto prestado a la Virgen, lo que ha concurrido no sólo a establecer sus bases doctrinarias, sino también para enfervorizar a los verdaderos hijos de María. Sin embargo, aunque la devoción a la Reina celestial esté sellada por el Espíritu Paráclito en los dogmas y enseñanzas de la Iglesia, todavía en nuestros días surgen dudas relativas a su necesidad y origen.

Al final, ¿Cristo no es el único Mediador?

En efecto, ¿cuántos de nosotros sabrían responder con seguridad si alguien nos preguntara quién es el «autor» de esa devoción?

¿Habría sido San Pedro, como primer Papa, el que se empeñara en glorificarla por conocer su papel como Madre de la Iglesia? ¿O acaso ocurrió, quizá, que San Juan, tomado de arrobamientos de amor filial, decidió propagar por el mundo las grandezas de su Inmaculado Corazón?

No hay, con todo, indicio alguno de que los Apóstoles fueran grandes impulsores de la devoción a María Santísima. A eso se suma que el dirigirse directamente al Señor pareciera ser más conforme a las Escritu-

ras. Al final, si San Pablo afirma que hay un «único mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús» (1 Tim 2, 5), ¿para qué recurrir a la intercesión de la Virgen María?

De Ella recibió la naturaleza humana

Ante esto, cabe observar que muchas de las declaraciones hechas por Jesús sobre sí, las atribuyó igualmente a otros. Por ejemplo, dice ser «la luz del mundo» (Jn 8, 12), pero concede a sus discípulos idéntico título (cf. Mt 5, 14); se presenta como «el buen pastor» (Jn 10, 11), pero confía el cuidado de su rebaño a Pedro (cf. Jn 21, 15-17).

Algo análogo pasa con respecto a su mediación: se puede atribuir a otros —eminentemente a la Santísima Virgen— de modo derivado y secundario lo que compete de modo principal y perfecto al Redentor. En ese sentido, el Apóstol alega que en su carne completa lo que falta a la Pasión del Señor (cf. Col 1, 24), sin que el mérito de ésta haya sido, de ninguna manera, deficiente.

Aparte de eso, San Pablo no afirma simplemente que el Verbo eterno del Padre, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, sea el Mediador entre Dios y la humanidad,

sino el «hombre Cristo Jesús». Fue en virtud de la Encarnación en el seno virginal de María que el Hijo asumió este papel y, por tanto, en la propia mediación de Jesús está presente la colaboración de Nuestra Señora, pues de Ella recibió su naturaleza humana.

«Ha hecho obras grandes en mí...»

Permanece, empero, la pregunta: ¿Quién es el «autor» de la devoción a la Santísima Virgen?

Recorriendo la Sagrada Escritura encontramos una sintética cronología de la Historia de la salvación, que puede aclararnos algo al respecto: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas» (Heb 1, 1), «mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gál 4, 4).

Al entrar en el mundo, recibió un cuerpo (cf. Heb 10, 5): «El Verbo se hizo carne» (Jn 1, 14), haciéndose en todo semejante a nosotros, «menos en el pecado» (Heb 4, 15). Esa obra se inició cuando «el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David» (Lc 1, 26-27a).



Reproducción

Cada uno de nosotros ha sido puesto en el regazo de la Virgen y engendrado como hijo suyo por obra del Espíritu Santo

Nuestra Señora con el Niño Jesús y varios santos, por Rafael Sanzio
Museo Metropolitano de Nueva York

«El nombre de la virgen era María» (Lc 1, 27b), y de Ella dio testimonio su prima Isabel, al exclamar llena del Espíritu Santo: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!» (Lc 1, 42).

Está bien... Pero ¿quién es, finalmente, el «autor» de la devoción a esa Virgen bendita? Si aún nos queda duda, preguntémosle a Ella misma y nos responderá como en la Visitación: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí» (Lc 1, 48-49). El sublime e inefable papel que Dios le otorgó en el Cielo y en la tierra es a causa de la gran devoción de los cristianos a la Madre de Dios.

Hemos sido puestos en el regazo de María

Si continuamos recorriendo el Nuevo Testamento encontraremos a Jesús realizando su primer milagro, antes incluso de que llegara su hora (cf. Jn 2, 4-5), a fin de atender una petición de su Madre. Y, como por Ella había comenzado su vida pública, también por medio de Ella quiso

cerrar su comunicación con los hombres. Estando crucificado en el madero, al labrar su testamento de amor el Señor nos dejó a María como su mayor legado: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27).

Tras haber sido bajado de la cruz, el mismo cuerpo que años antes la Santísima Virgen había recostado en un pesebre (cf. Lc 2, 7) reposó ya sin vida en sus brazos. El espíritu fue entregado en las manos del Padre (cf. Lc 23, 46) y el cuerpo depositado en el regazo de su Madre. ¿Qué cuerpo? El Cuerpo de Cristo, la Iglesia (cf. Col 1, 18), que somos nosotros (cf. 1 Cor 12, 27).

Cada uno de nosotros ha sido puesto en el regazo de la Virgen y engendrado como hijo suyo por obra del Espíritu Santo, a tal punto que San Bernardo de Claraval afirma: «Dios no quiso que tuviéramos nada sin que pasara por manos de María». De hecho, si Cristo Señor es la fuente de agua viva (cf. Jn 4, 14), la Santísima Virgen es el acueducto a través del cual llegan hasta nosotros todos los bienes que emanan de ese manantial sagrado.

Perseveremos con Ella en la oración

Después de estas consideraciones, aún cabe preguntar ¿de dónde procede la devoción a Nuestra Señora? ¡Dios es el Autor, con «A» mayúscula, de esa grande e indispensable devoción!

Así pues, no tengamos recelo de perseverar en la oración con «María, la Madre de Jesús» (Hch 1, 1), como hicieron los Apóstoles después de la Ascensión. Imitemos a los cristianos de los primeros siglos que, como hijos amorosos, rogaban el auxilio de Nuestra Señora en sus dificultades: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desoigas las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita».² ✧

¹ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. En la Vigilia de Navidad. Sermón III, n.º 10. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2005, v. III, p. 159.

² Antífona *Sub tuum praesidium*, la más antigua oración conocida a la Santísima Virgen, cantada por la Iglesia en la Liturgia de las Horas.

SAN BONIFACIO DE MAGUNCIA

Padre de los pueblos germánicos

El pequeño Winfrido descubrió en el claustro benedictino el secreto para el triunfo sobre sí mismo, sobre la barbarie y sobre los infiernos. De su celo apostólico, coronado por el martirio, el pueblo germánico nacería para Cristo.



Hna. María Teresa Ribeiro Matos, EP



Reproducción

Bellos desfiles militares, ciudades eximamente organizadas, succulentas salchichas, bosques cuya disposición obedece a una impecable regularidad: he aquí algunos de los indiscutibles encantos de Alemania.

En ellos brilla la inocencia en orden de batalla, que cautiva, impacta y despierta admiración. Frutos auténticos de un pueblo civilizado y aficionado a la disciplina, esos y numerosos otros aspectos florecieron, bajo las bendiciones de la Santa Iglesia, al calor de almas valerosas que marcaron la Historia.

Detengámonos en estas líneas para contemplar una de ellas: el hombre providencial al cual le cupo la misión de cristianizar a los pueblos más allá del Rin y ofrecer por ellos su vida en holocausto.

De ese infatigable apóstol escribía un antiguo biógrafo: «Al santo obispo Bonifacio le pueden llamar padre

de todos los habitantes de Germania, porque él los engendró para Cristo con la palabra de la santa predicación, los confirmó con sus ejemplos y, finalmente, llegó a entregar por ellos su vida, lo que es la prueba de amor más grande»¹.

Benedictino con 5 años

Retrocedamos ahora hasta finales del siglo VII, cuando la vida sublime, disciplinada y llena de elevación de la Orden de San Benito se iba expandiendo por Europa. Verdaderas fábricas de héroes, sus abadías formaban hombres y mujeres en un régimen de equilibrio y sacralidad propicio a ordenar las tendencias de la naturaleza hacia ideas de gran alcance.

Las almas que allí se santificaban en la fidelidad a su fundador, su carisma y su regla se volvían aptas para los viajes y las hazañas más osadas, las artes y los pensamientos más elaborados, los sufrimientos y los mar-

tirios más terribles, para gloria de Dios y beneficio del prójimo.

También Inglaterra, recientemente cristianizada por San Agustín de Canterbury, se había dejado cautivar por las gracias benedictinas. Y allí fue donde nació, en torno al año 680, un niño que rápidamente se maravillaba por ese modo de vivir. Con tan sólo 5 años, Winfrido, de familia anglosajona, pide ingresar en una abadía. Su padre se resiste, al considerarlo aún muy pequeño, pero dos años después le permite que entre en el monasterio de Nursling.

Educado en la sabia regla del «*ora et labora*», aprende latín, métrica, poesía y exégesis. Siendo ya adolescente se hace profesor de Gramática Latina, compone varias poesías en esta lengua y escribe algunos tratados.

Se convierte en un hombre sacral

A la par de una brillante cultura, su alma es pulida en las virtudes in-

herentes a un religioso. Por la obediencia conquista el dominio sobre su propia voluntad; por la castidad se asemeja a los ángeles; por la humildad aprende a querer lo máximo, pero no para él sino para la gloria de Dios; por la oración y la contemplación sube hasta el Cielo, realizando todas sus actividades con la mente puesta en los más altos horizontes sobrenaturales.

Se convierte, así, en un hombre sacral, que no se contenta con poseer en su interior la sublimidad de la gracia, sino que desea conquistar para Dios toda la tierra. Una señal de la autenticidad de sus anhelos es su disposición de vencer cualquier obstáculo y de aceptar todos los desafíos interiores y exteriores.

Winfrido es ordenado sacerdote en el 710, cuando probablemente tendría 30 años. Al ser convocado el sínodo de Wessex, recibe una delicada misión ante el arzobispo de Canterbury, en la que obtiene tal éxito que su fama se extiende enseguida. Dándose cuenta de ello, le pide autorización a su superior para ser misionero, renunciando a cualquier prestigio mundano.

Su primera misión fracasa

Los ojos del santo presbítero se vuelven hacia un pueblo inculto, pero lleno de vigor. Y, habiéndose encomendado antes a numerosas comunidades religiosas, que empezaron a rezar por el éxito de su emprendimiento, desembarca en el 716 en las costas de Frisia, en las proximidades de la actual Utrecht.

Tras algunos meses ayudando en su apostolado al obispo San Willibrordo, se ve obligado a regresar a su patria, sin haber obtenido mucho éxito. Pero el alma de Winfrido, templada en las austeridades del claustro, sabía enfrentar los fracasos con gallardía. Tomando ese revés como un desafío, decide prepararse mejor

y esperar una ocasión propicia para volver a la carga.

Con el propósito de equiparse de los más poderosos medios, a los cuales ni los infiernos ni siquiera los Cielos resisten, en el año 718 se dirige a Roma para pedir cartas de apoyo al Papa Gregorio II. Consciente de la valía de aquel varón, el pontífice lo mantiene a su lado un tiempo y, al año siguiente, con una misiva fechada el 15 de mayo de 719, lo envía a Germania con el objetivo de llevar la Palabra de Dios a los pueblos aún sumergidos en las tinieblas de la idolatría. A fin de consagrar tal mandato, le da el nombre de Bonifacio.

Talando el roble sagrado

Al llegar al corazón del territorio germano, Bonifacio se topa con la gran labor que tiene por delante. La pequeña comunidad cristiana allí existente se hallaba en tal decadencia que sus miembros hasta participaban en cultos y banquetes en honor del dios Thor.

De una manera incansable se puso a campo para atraerlos a la verdadera religión y, como primera medida, pide auxilio a sus queridos monjes de

Ingllaterra, muchos de los cuales, en atención a su pedido, enseguida acudieron a aquellas tierras para ellos salvajes e ignotas. Gracias a ellos las regiones de Hesse y Turingia se convirtieron en objetivo de constantes predicaciones y misiones.

En cierto momento, el santo decide talar el roble «sagrado» de Thor para demostrarles a aquellas almas la impotencia de los ídolos y arrancarlas de raíz de la falsa religión.

Elevado sobre la montaña de Gudenberg, en Geismar, al oeste de Fritzlar, constituía el símbolo del paganismo germánico. Pero Bonifacio, desafiando con audacia el furor de los bárbaros, coge un hacha y empieza a golpear a aquel simbólico árbol. Los cielos se mostraron favorables a su emprendimiento: en ese instante comienza a soplar un viento impetuoso que lo derriba y lo parte en cuatro trozos.

Al ver aquella manifestación del Dios verdadero, un Dios celoso que juzga con justicia, gran número de paganos se convierte a la fe católica. Una capilla dedicada a San Pedro se levanta en el lugar antes ocupado por el roble.



Reproducción

¡Era necesario demostrarles a aquellas almas la impotencia de los ídolos y arrancarlas de raíz de la falsa religión!

San Bonifacio tala el roble sagrado - Litografía de Heinrich Maria Von Hess. En la página anterior, vitral de la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y San Alfonso, Montevideo

Obispo y organizador de un ejército espiritual

Después de tres años de fructuoso apostolado, Gregorio II llama a Bonifacio a Roma para imponerle la dignidad que tantas veces había rechazado: el episcopado. El pontífice declaró que lo hacía así «para que pudiera, con mayor determinación, corregir y reconducir a los errantes por el camino de la verdad, para que se sintiera apoyado por la más grande autoridad de la dignidad apostólica y fuera tanto más aceptado en el oficio de la predicación, cuanto más demostrara que por ese motivo había sido ordenado por el prelado apostólico»².

La misma modestia que había llevado al santo a negar tantas veces ese honor, lo impele a inclinarse ante la voluntad del Vicario de Cristo. El 30 de noviembre de 722 el Sumo Pontífice lo ordena obispo de Germania, diócesis vastísima que comprendía todo el territorio transrenano.

Al gozar de la estima del Papa y contar con el valioso apoyo de Carlos Martel, abuelo de Carlomagno, Bonifacio se dedica a conquistar más almas para el rebaño de Cristo. Además de Hesse y Turingia, también Baviera y otras partes de la región germánica se beneficiaron de su celo.

El venerable obispo funda el monasterio de San Miguel de Orddhuff, donde estableció su residencia. Y, sabiendo de la eficacia del ejemplo de la vida religiosa para civilizar aquellos pueblos, edifica conventos en cantidad. Del 740 al 778 se construyeron veintinueve en Baviera.

Al frente de ese ejército espiritual pone a sus fieles colaboradores anglosajones, aquellos que habían acudido a su llamamiento al inicio de la misión y habían perseverado junto a él. Entre ellos cabe mencionar a San Lulo, que más adelante lo

sucedería en la sede episcopal, y la abadesa Santa Leoba.

Reforma de la Iglesia franca

El celo de Bonifacio no tiene tope y sobrepasa los ya enormes límites de su diócesis. Atendiendo a la petición de Carlomán, hijo de Carlos Martel, viaja a Austrasia y convoca allí un sínodo que pasaría a la historia con el nombre de *Concilium Germanicum*.

El relajamiento moral en aquellas regiones habitadas por los francos, aún gobernados por la dinastía merovingia, era enorme. Valiéndose de ese concilio y de otros sínodos convocados posteriormente, el santo obispo reestructura las diócesis, reúne todos los monasterios bajo la Regla y el carisma benedictinos y consigue una restitución parcial de los bienes de la Iglesia, utilizados por Carlos Martel en sus constantes guerras. Con la ayuda de los condes, prohíbe

también las costumbres paganas aún existentes.

Para coronar y firmar tales reformas, convoca en el 747 un concilio general del Imperio franco, en el que quedó establecida la unidad de la fe, y lo hace concluir con una carta de sumisión y fidelidad a la Sede de Pedro.

Fundación de la abadía de Fulda

Con el paso de los años, Bonifacio fue albergando el deseo de erigir un monasterio en el cual reposaran sus restos mortales y quedara de alguna forma perpetuada su presencia junto a aquel pueblo, hijo suyo.

Con la ayuda de San Esturmio, oriundo de noble familia de Baviera y por él mismo educado desde joven, elige un espacio retirado en medio del bosque, en el actual estado de Hesse. Habiéndoles sido cedida de buen grado la propiedad por el poder real, el discípulo y siete monjes más toman posesión del lugar y, el 12 de enero de 744, empiezan a levantar con sus propias manos la célebre abadía de Fulda, alternando el trabajo con oraciones y cantos de salmos.

Así escribirá San Bonifacio al Papa San Zacarías con respecto a la nueva fundación: «Lugar salvaje, en el yermo de una vastísima quietud, en medio de los pueblos confiados a nuestra predicación. Al construir el monasterio, pusimos en él a monjes que viven según la Regla del patriarca San Benito, en estricta observancia, sin comer carne ni beber vino o cerveza, y sin tener criados, contentándose con el trabajo de sus propias manos»³.

Y un poco más adelante añade: «En ese sitio, con el consentimiento de Su Santidad, tengo la intención de yacer después de mi muerte».



«En ese sitio, con el consentimiento de Su Santidad, tengo la intención de yacer después de mi muerte»

Catedral de Fulda (Alemania), erigida sobre la iglesia abacial fundada por San Bonifacio

la muerte. Porque se sabe que en torno a ese lugar habitan cuatro pueblos, a los cuales, ayudados por la gracia de Dios, anunciamos la doctrina de Cristo; a ellos, mientras esté vivo o válido, podré serles útil, con vuestra intercesión. Deseo de hecho, por medio de vuestras oraciones y con la gracia de Dios, perseverar en la comunión con la Iglesia Romana y a vuestro servicio entre los pueblos germánicos, adonde he sido enviado, y obedecer a vuestras órdenes»⁴.

Aún en vida de su primer abad, Fulda llegó a albergar 400 monjes, constituyendo un manantial de sacralidad y virtud del cual germinarían muchos de los esplendores germánicos de la Edad Media.

«¡Este es el día desde hace mucho deseado!»

Acercándose ya su octava década de vida, San Bonifacio no se siente saciado de amor a Dios. Su corazón arde en deseos de nuevas conquistas para la Santa Iglesia.

Dejando a San Lulo como sustituto suyo en la archidiócesis de Maguncia, San Bonifacio resuelve enfrentar nuevamente el desafío con el que había iniciado su misión: la conversión de Frisia. «Deseo realizar el propósito de este viaje; no puedo de manera alguna renunciar al deseo de marcharme. Está próximo el día de mi fin y se avecina el tiempo de mi muerte; al dejar el cuerpo mortal, subiré al eterno premio. Pero tú, queridísimo hijo, [...] alerta al pueblo sin descanso



«Este es el día desde hace mucho deseado, llegó el tiempo de nuestro final. ¡Tened valor en el Señor!»

Martirio de San Bonifacio - Grabado extraído del libro «*Neerlands heiligen in vroeger eeuwen*», vol. III

del abismo del error, termina la construcción de la basílica ya comenzada de Fulda y en ella sepulta mi cuerpo envejecido por largos años de vida»⁵, escribe a su sucesor.

En la primavera del 754 parte hacia Frisia, acompañado por cerca de cincuenta monjes, para evangelizar pueblos aún más salvajes que aquellos con los cuales hasta entonces había convivido.

Tras unos meses de arduo, pero fecundo apostolado, el santo decide

reunir a todos los convertidos en la ciudad de Dokkum, en los actuales Países Bajos, a fin de administrarles el sacramento de la Confirmación. Corría el año 775. En el horario establecido, he aquí que los religiosos ven que, en vez de los cristianos, se aproxima una feroz tropa de bandidos.

El fiel obispo se encuentra en su tienda, leyendo un libro. Al ver que avanza sobre ellos la horda bestial, se levanta con valentía y dice: «Este es el día desde hace mucho deseado, llegó el tiempo de nuestro final; tened valor en el Señor y fijad el ancla de vuestra esperanza en Dios, que pronto os dará el pago del premio eterno y un lugar en el Reino celestial con los ciudadanos del Cielo, que son los ángeles»⁶. Usando el libro para defenderse, es golpeado en la cabeza y se presenta ante su Señor para recibir la recompensa tan merecida.

Al saber de lo ocurrido, los cristianos de Frisia se apresuran a recoger las preciosas reliquias de los mártires: San Bonifacio y los cincuenta y dos que con él

subieron victoriosos al Cielo. El cuerpo del padre de los pueblos germánicos fue trasladado a la abadía de Fulda, no sin resistencia de los fieles de la diócesis de Utrecht y de Maguncia, que deseaban conseguirlo.

Así culminó la gloriosa epopeya de aquel niño que, en el silencio y en la disciplina del claustro benedictino, descubrió el secreto del triunfo sobre sí mismo, sobre la barbarie y sobre los infiernos. ✧

¹ OTLOHO. Vitae Bonifatii. Liber I. In: LEVISON, Wilhelmus (Ed.). *Vitae Sancti Bonifatii Archiepiscopi Moguntini*. Hannoverae-Lipsiae: Impen-

sis Bibliopolii Hahniani, 1905, p. 158.

² Ídem, p. 127.

³ SAN BONIFACIO DE MAGUNCIA. Epístola 86. In: TANGEL, Michael (Ed.). *Epis-*

tolæ Selectæ. S. Bonifatii et Lulli epistolæ. Berolini: Weidmannos, 1916, t. I, p. 193.

⁴ Ídem, pp. 193-194.

⁵ WILLIBALDO. Vita Bonifatii. In: LEVISON, Wilhelmus

(Ed.). *Vitae Sancti Bonifatii Archiepiscopi Moguntini*. Hannoverae-Lipsiae: Impensis Bibliopolii Hahniani, 1905, p. 46.

⁶ Ídem, pp. 49-50.

¡Somos la artillería de Dios!

¿Qué ocurriría si las balas de nuestro guerrero imaginario pudieran dirigirse por su cuenta hacia el blanco? ¿Qué pensamientos poblaría la «mente» de esas curiosas municiones?



Hna. Eduarda Batista Dias, EP

Imaginemos una tropa formada por los más adiestrados soldados que la historia bélica haya conocido. En ella encontraríamos hombres de diferentes orígenes y capacidades inigualables: uno tendría el título de mejor tirador, otro sería el más hábil en infiltrarse en las posiciones enemigas, un tercero resultaría invencible en el combate cuerpo a cuerpo...

Todos tendrían en común las cicatrices de la lucha, la fisonomía curtida por el riesgo, por las victorias y, sobre todo, por los fracasos, elementos que forman la personalidad de un verdadero militar. Y por encima del conjunto de esos guerreros, natu-

ralmente, estaría el «mejor entre los mejores», el comandante.

Si nos fuera dado el honor de conversar con cada uno de ellos descubriríamos, sin duda, un universo de tácticas y estrategias aprendidas en el fragor del combate. Diríamos que se trataría de un conjunto indestructible en cualquier campo de batalla al cual fueran convocados, dada la envidiable formación y temple de sus integrantes.

Ahora bien, esos soldados, a pesar de su perfecto entrenamiento, jamás podrían lanzarse a la lucha sin contar con el armamento adecuado. Sería una enorme temeridad si lo hicieran, pues todo militar, por muy adies-

trado que esté, necesita armas y municiones para vencer.

Municiones... ¿con voluntad propia?

Imaginemos ahora a un intrépido soldado que, con fusil en mano, mira hacia determinado blanco y dispara con precisión. ¿Qué hace el proyectil al salir del cañón sino obedecer prontamente las órdenes del militar, dirigiéndose sin desviarse al lugar apuntado?

Pero ¿qué ocurriría si, por un absurdo, las balas de este nuestro buen guerrero pensarán y se desplazarán por su cuenta? ¿Qué pensamientos poblarían la «mente» de tales municiones? Podríamos plantearnos varias hipótesis al respecto...

Quizá algunas balas audaces considerarían con entusiasmo, en el momento de ser lanzadas, el honor que podrían obtener si, alcanzado el blanco, logran con su impacto decidir el fin de la batalla. Otras, de temperamento más admirativo, sentirían inmensa alegría al estar al servicio de tan certero tirador, y confiarían ciegamente en su infalible puntería.

Aunque también es posible que cierto género de municiones acabara cuestionando la sabia mira del militar y decidieran desviarse de la ruta trazada por



Reproducción

A pesar de su perfecto entrenamiento, esos soldados jamás podrían lanzarse a la lucha sin contar con el armamento adecuado

Grabado que representa la toma de un bastión, durante el sitio de Roma, en junio de 1849
Museo Napoleónico, Roma

él para acertar en otro blanco «más adecuado», según sus parvos criterios... Otras balas, llenas de miedo e inseguridad, tal vez desistirían en medio del recorrido hacia el objetivo. Otras, aún, pensarían que su meta está demasiado lejos e indefinida y, ya en el mismo momento de asestar el arma, dirían: «Ah, es mejor tirarse al suelo nada más salir del fusil, para no correr el riesgo de quedarse a mitad de camino...».

Qué gran derrota sufriría un soldado que dispusiera de municiones como estas últimas...

¡Somos las armas del ejército celestial!

Esta sencilla metáfora bien puede ser aplicada a la situación de cada hombre en particular.

Desde la expulsión de nuestros primeros padres del paraíso terrenal, la vida humana se volvió una lucha constante (cf. Job 7, 1): los hijos de la luz batallan contra los hijos de las tinieblas, y la raza de la Virgen contra la raza de la serpiente. Se combate no sólo por la conquista de la eternidad feliz, sino también por el triunfo definitivo de Dios en la Historia, es decir, por la instauración de lo que suplicamos con tanta ansia en el padrenuestro: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad, en la tierra como en el Cielo».

En esta reñida guerra, nosotros, que vivimos en la tierra, somos la artillería de Dios.

Nuestra Señora, los ángeles y los santos del Cielo, que componen la Iglesia gloriosa, necesitan unirse a nosotros, que somos la Iglesia militante, para hacer triunfar en el tiem-



En esta reñida guerra, nosotros, que vivimos en la tierra, isomos la artillería de Dios!

«Al pie del cañón», escenas de la batalla de Belchite durante la guerra civil española, por Augusto Ferrer Dalmau

po la causa del bien. Y si ellos nos guían en esa gloriosa pelea, debemos ser dóciles instrumentos en sus manos. ¿Cómo?

En primer lugar, ¡siendo vigilantes! Como las «balas» de la metáfora, estamos dotados de razón y voluntad. ¿Cuál es nuestra reacción ante los designios de Dios, frecuentemente manifestados con tanta claridad? ¿Cuántas veces Nuestra Señora o nuestros fieles ángeles de la guarda no esperan que seamos obedientes a los consejos e inspiraciones por ellos susurrados en el fondo de nuestras almas?

Estemos atentos para oírlos y, a la manera de «balas» llenas de fidelidad, obedezcamos sin dudar un instante siquiera. Aunque no entendamos el motivo de las órdenes recibidas o sintamos el deseo de huir a causa de los sacrificios exigidos, la gracia nunca nos faltará. Más tarde o más temprano todo quedará claro a nuestros ojos, si no en esta vida, sin duda en las alegrías de la eternidad.

«Es fuerte el amor como la muerte»

Exactamente así actuaron los santos en su existencia terrena: por la práctica de la virtud de la caridad, se

abandonaron en las manos del supremo Tirador. Sabían que la verdadera victoria sólo puede ser conquistada cuando la voluntad humana, con el auxilio de la gracia, se conforma a la de Dios: «Nada se deberá hacer que no sea conforme a sus planes, bajo sus órdenes y a impulsos de su gracia. [...] Nosotros hemos nacido para obedecer a sus determinaciones»¹.

Si ante esta perspectiva, no obstante, nuestra frágil volun-

tad se siente debilitada por las miserias y faltas pasadas, no nos dejemos abatir. Hay un supremo remedio para nuestra flaqueza: ¡la caridad!² «Es fuerte el amor como la muerte; [...] sus dardos son dardos de fuego, llamara-das divinas» (Cant 8, 6).

De dentro de nuestro nada, sepamos mirar con admiración a aquel que es nuestro Padre amorosísimo, nuestro afectuoso Guía, nuestra Esperanza eterna. Entonces veremos cómo se fija en nosotros con misericordia, y cómo está dispuesto a res-taurarnos por completo.

Amémoslo con todo el corazón, y después los ángeles nos llevarán sobre sus alas, los santos nos cogerán de la mano y todos nuestros criterios, voluntades propias e inconformidades serán consumidos por las llamas purísimas de ese amor transformante. ✧

¹ LEHODEY, *El santo abandono*, apud ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 6.ª ed. Madrid: BAC, 1988, p. 769.

² Afirma Lehodey que es propio del amor unir nuestra voluntad a la de Dios. Este grado de conformidad es un ejercicio muy elevado del puro amor y no puede hallarse sino en las almas que viven de él (Ídem, p. 770).

Irremediable accidente, prodigiosa curación

Tras el accidente me di cuenta de que mi estado era muy grave y que, salvo un milagro, me iba a morir. Entonces le prometí a Dña. Lucilia que si me ayudaba, testificaría en su beatificación y propagaría la devoción a ella. Es lo que hago en estas páginas.



Hna. Ana Lucía Dal Piccolo Iamasaki, EP

Al ir acompañando la narración del Evangelio nos encontramos en cierto momento con un episodio desgarrador: el Señor se compadece de diez leprosos y les concede su curación, pero sólo uno de ellos regresa para agradecerle tan grande favor. Hecho que le sirvió al divino Maestro para hacer esta paternal amonestación: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están?» (Lc 17, 17).

La gratitud es un deber de justicia, aunque también, según se dice, la más rara de las virtudes. Hay que hacer un enorme esfuerzo de nuestra parte para no descuidarla jamás.

A semejanza de ese hombre que no vaciló en ir a la búsqueda de Jesús para darle las gracias, quiero dejar registrada aquí mi afectuosa y filial gratitud a Dña. Lucilia Corrêa de Oliveira por el inmenso favor que por su intercesión recibí, y espero que estas líneas sirvan de provecho espiritual para todos los que las lean.

Un siniestro aparentemente irremediable

Eran alrededor de las dos de la tarde del 31 de marzo de 2014 y me encontraba viajando de Joinville a São Paulo por la carretera BR-101 cuando de pronto sufrí un accidente. La conductora del automóvil en el que

yo iba tuvo que frenar bruscamente a causa de un incidente que no estaba señalizado y el vehículo que venía inmediatamente detrás de nosotras no consiguió parar a tiempo y colisionó con la parte trasera de nuestro coche, justo en el lado donde yo estaba.

Todo fue muy rápido. Noté que sangraba por la boca y que quería moverme, pero ni siquiera el cuello podía girarlo. Me di cuenta de que mi estado era muy grave y que, salvo un milagro, moriría. Entonces le prometí a Dña. Lucilia que si me ayudaba testificaría en el proceso de su beatificación y propagaría la devoción a ella; también le pedí que me concediera al menos algunos minutos más



La Hna. Ana Lucía en la UCI del hospital

Cuando me desperté ya me encontraba en la UCI; como el accidente había sido muy fuerte, la prensa estaba allí queriendo informaciones



Estado del automóvil tras el accidente

de vida para poder recibir la Unción de los Enfermos. Gracias a Dios, me había confesado antes de iniciar el viaje.

Mientras así rezaba, oí a la gente que pasaba por la carretera gritar diciendo que el vehículo se iba a incendiar, pues había aceite u otro combustible derramado en la calzada. Les pedí a las hermanas que me acompañaban —gracias a la Virgen, ninguna de las cuatro resultó gravemente herida— que me sacaran de allí. Pero no podían hacerlo, tenía que esperar al equipo de rescate.

Tan pronto como los profesionales médicos aparecieron pudieron socorrerme; al percibir el tremendo estado de peligro en que me hallaba tuvieron que llamar a un helicóptero para que me trasladara al hospital de Joinville.

Me estaban esperando algunas hermanas y un sacerdote heraldo, quien inmediatamente me dio la Unción de los Enfermos. A continuación, me llevaron a Urgencias y empezaron los procedimientos para este tipo de accidentes. Me había roto la cuarta y quinta vértebras cervicales y lesionado la médula; estaba tetrapléjica y tenía pocas posibilidades de sobrevivir.

Cuando me desperté ya me encontraba en la UCI y entonces la jefa de enfermería me preguntó en qué momento llegaría a Joinville alguien de mi familia, porque como el accidente había sido muy fuerte la prensa estaba queriendo informaciones.

Doña Lucilia y las oraciones del fundador

Aún no sabía qué era lo que Nuestra Señora quería de mí hasta que una de las hermanas vino a visitarme y me contó que Mons. João deseaba que yo viviera, que estaba rezando mucho por mí y había afirmado que saldría bien de aquella trágica situación. La hermana también me comentó que después de que el he-



Doña Lucilia Corrêa de Oliveira
fotografiada por Mons. João Scognamiglio
Clá Dias, poco antes de su fallecimiento

*En los largos
períodos de soledad
y de dolor, lo que
más me consolaba
y animaba era
mirar una foto de
Dña. Lucilia*

licóptero se marchara pudieron contemplar desde el lugar del accidente un bonito arco iris, que interpretaron como una esperanza en medio de aquella catástrofe.

Todo eso me dio un aliento enorme, aunque en diversas ocasiones pareciera que me iba a morir. Por ejemplo, uno de los primeros días en la UCI mi oxigenación empezó a disminuir, mientras estaba haciendo fisioterapia respiratoria, y comencé a sentir falta de aire. Perdí la conciencia; cuando la recuperé, unas horas más

tarde, ya no podía hablar, pues me tuvieron que intubar.

Dos días después del internamiento fui sometida a una delicadísima operación en el cuello.¹ El profesional responsable del procedimiento comentó posteriormente que había cumplido su obligación como médico, pero que no veía esperanza de vida en mí. Me acuerdo de que cuando este facultativo fue a visitarme me preguntó qué era lo que yo quería y le respondí moviendo solamente los labios, pues no conseguía hablar, que deseaba mi curación. Entonces me dijo, con pena: «Ah, pero eso, sólo el Papá del Cielo».

Lo que más me daba fuerzas para luchar por sobrevivir era pensar que Mons. João estaba rezando por mí y que quería enormemente que viviera. Creo que hubiera muerto en ese accidente,

pero sus oraciones —incluía siempre mi curación en las intenciones de sus Misas— y sobre todo su deseo, en cuanto fundador, cambiaron los designios de Dios en relación conmigo. Así, en los largos períodos de soledad y de dolor, me animaba mirar la foto de Dña. Lucilia que tuve en el hospital durante los casi tres meses que allí permanecí, y recordar las palabras de Mons. João sobre mí poniendo las intenciones de sus Misas: «Que la Hna. Lucía viva, viva y viva».

Transcurrido algunos días, un sacerdote heraldo, que también es médico, viajó desde São Paulo para visitarme en la UCI y comprobar mi estado de salud. Tuvo la bondad de telefonar a Mons. João para que me dijera algunas palabras: «¡Salve María, hijita mía! No te preocupes, vas a sanar, vas a vivir, vas a andar. Ya te veo andando».

«Su hija es la paciente más grave de la UCI»

Sería demasiado extenso contar todo lo que me ocurrió en ese período

do. Basta decir que tengo documentados y guardados todos los exámenes y registros de evolución médica, en un volumen total de aproximadamente 500 páginas...

A causa de episodios de atelectasia mis pulmones muchas veces casi se cerraban y no podía respirar; usé un tubo torácico; tuve dos neumonías; necesité una transfusión de sangre; utilizaba sonda nasal y vesical; fue sometida a una gastrostomía, pues no conseguía siquiera tragar mi propia saliva.

Estuve consciente prácticamente todo el tiempo y, como mi cama quedaba enfrente del mostrador de los médicos y enfermeros, escuchaba las informaciones transmitidas en cada cambio de guardia. Comprendía muy bien que el cuadro era gravísimo, hasta el punto de que una enfermera le dijo a mi madre: «Su hija es la paciente más grave de la UCI».

Una de las médicas que acompañaban mi caso comentó con un sacerdote que me había visitado: «Esa de ahí, si sobrevive, va a quedar de aquella manera...». Mi situación empeoraba cada día, aumentando la certeza de que solamente sobreviviría por un milagro.

No obstante, Mons. João mantenía una fe inquebrantable en mi curación. A pesar de las preocupantes noticias que le llegaban sobre mi estado, persistía afirmando: «Va a vivir y se va a poner bien». Y continuaba rezando: «Por la curación de Ana Lucía».

Un sueño anunciador de la inexplicable mejoría

Como la Iglesia permite la renovación de la Unción de los Enfermos siempre que hay peligro de muerte, recibí este sacramento más de una vez en el transcurso de aquellas semanas, hasta que mi caso empezó a estabilizarse un poco y me dieron el



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

A pesar de las preocupantes noticias que le llegaban, él mantenía una fe inquebrantable en mi curación

alta de la UCI. Todos los heraldos se quedaron muy contentos y sorprendidos con la noticia, pero cuando se lo contaron a Mons. João, él no se sorprendió y exclamó: «Ya lo dije, ella va a salir de esa».

En la habitación del hospital, tuve algunas complicaciones, sobre todo referentes a la parte respiratoria, pues la oxigenación con cierta frecuencia disminuía. Estando acostada no había posición en la que no sintiera dolores, pero tampoco soportaba quedarme sentada mucho tiempo. Para que me pasaran de la cama al si-

llón, o viceversa, era necesario que el equipo de enfermería llevara a cabo una complicada maniobra.

Un sábado por la mañana, cierto médico que acompañaba mi caso, pero que hacía tiempo que no me visitaba, fue hasta mi habitación para contarme un sueño que había tenido conmigo, en el cual yo le hablaba y me movía... cosa que ya no hacía. Cuán asombrado se quedó al entrar: porque me veía mover las manos y me oía pronunciar unas palabras, aunque con la voz aún deformada por la traqueostomía que me hicieron en determinado momento. Salió emocionado y le dijo a mi hermana: «Esto es un milagro. ¡Dios existe de verdad!».

Poco a poco, sin explicación clínica, fui mejorando y casi ya no corría riesgo de vida. Empecé a mover paulatinamente los miembros superiores, hasta que un día una de las profesionales que me asistían fue a visitarme y me dijo: «Ana, tú, que eres tetrapléjica, tienes que estar contenta si algún día consigues manejar tu propia silla de ruedas y ser una usuaria independiente». Entonces le respondí: «Yo no soy tetrapléjica; y con la gracia que Dña. Lucilia me va a obtener y las oraciones de mi fundador, iyo voy a andar!».

En eso, empecé a mover la pierna... Las auxiliares de enfermería que esta-



ban en la habitación se pusieron a llorar de emoción y salieron contando por el pasillo de la 6.ª planta del hospital lo que había sucedido. La doctora se quedó asombrada y exclamó: «¿Cómo tú, que eres tetrapléjica, estás moviendo la pierna? Ana, ¿a qué santo le has rezado?!». Señalé la foto de Dña. Lucilia y le conté que desde el momento del accidente le había pedido el milagro a ella, prometiéndole que daría mi testimonio por su beatificación. También le dije que ella misma podría testificar como médico, a lo cual me respondió: «¡Vamos a Roma, que voy a hablar con el Papa!».

Mi caso reencendió la fe en muchos corazones

A partir de ese día, muchos empleados del hospital venían a mi habitación a pedir oraciones. En cierta ocasión una mujer, refiriéndose a la foto de Dña. Lucilia, me confió: «La miro y siento que necesito pedir una gracia». Y una auxiliar de enfermería me contó: «Ana, tú eres nuestro milagro. Tu caso es el más comentado del hospital».

Esta profesional se sintió tan atraída por la historia de Dña. Lucilia que le pidió la gracia de tener otro hijo, pues solamente tenía uno y por problemas de salud no conseguía quedarse embarazada. Unos meses después pude hablar con ella por teléfono y me informó que había recibido la gracia y en breve daría a luz a otro niño.

Una auxiliar de enfermería del turno de noche, católica, aunque alejada de la Iglesia, me comentó: «No sé exactamente por qué sufriste ese accidente, pero creo que puede haber sido para que las personas crezcan en la fe. Muchos de este hospital ya no tenían fe y decían que el milagro en nuestros días no existe más; ahora, varias personas están convirtiéndose».

El enfermero que me recibió cuando llegué a Urgencias siempre llevaba a sus alumnos de enfermería a visitarme y les contaba lo milagroso de que yo estuviera viva y la inesperada evolución de mi caso.

Finalmente, el 11 de junio, di algunos pasos por el pasillo del hospital, auxiliada por dos fisioterapeutas. Esta escena fue presenciada por médicos, enfermeras, auxiliares y pacientes que allí estaban.

Hoy llevo una vida normal, con tan sólo algunas secuelas con respecto a la fuerza de los miembros superiores e inferiores de la parte izquierda. Continúo haciendo fisioterapia motriz una vez por semana, pero soy independiente, camino sin andador o cualquier clase de apoyo; y soy responsable de una de las casas que la sociedad de vida apostólica Regina Virginum tiene en São Paulo.

En suma, numerosas fueron las circunstancias en mi vida en las que he podido comprobar la maternal protección de Dña. Lucilia, pero después de este accidente fui robustecida en la certeza de que, confiando en su bon-

dad e intercesión, nunca somos abandonados y nunca hay una situación sin salida, por peores que sean los desastres por los que pasemos. Pues, como dijo cierta vez el Dr. Plinio, Dña. Lucilia «posee un amor desbordante no solamente para con los dos hijos que tuvo, sino también para con los hijos que no tuvo. Se diría que estaba hecha para tener miles de hijos»²... ✧

¹ Nada más al inicio fue realizada una tracción halo-craneal para reducir la fractura-luxación de la cuarta y quinta vértebras cervicales. El procedimiento quirúrgico, accediendo por la parte anterior del cuello, consistió propiamente en la descompresión de la médula (corpectomía) y en la fijación desde la tercera hasta la sexta vértebras cervicales a través de una placa (artrodesis).

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, p. 615.

Confiando en la bondad e intercesión de ella, nunca se está abandonado y nunca hay una situación sin salida

Abajo, aspectos de la vida comunitaria en la casa Santa Hildegarda, de la que la Hna. Ana Lucía es la responsable



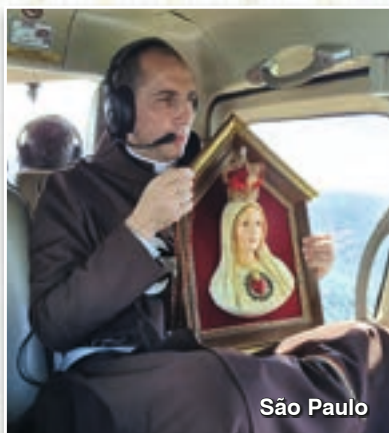
Fotos: María Luisa B. de Albuquerque



Bendiciendo desde el aire... ¡y desde el mar!

Sucedió en muchas de las ciudades donde los Heraldos actúan: desde Asunción hasta Lisboa, de São Paulo a Maputo, pasando por Campo Grande, Ponta Grossa, Fortaleza en Brasil o San José de Costa Rica y en la capital de

El Salvador. De helicóptero, goleta o avioneta, sacerdotes y diáconos de la institución llevaron con la debida reverencia al Santísimo Sacramento o portaron con amor filial una imagen de la Virgen María, orando, cantando o rezando el



São Paulo



Ponta Grossa



Maputo



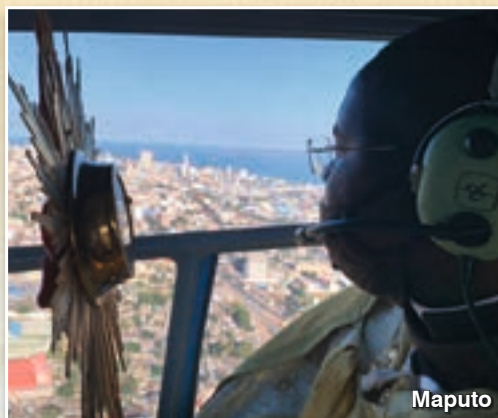
San José



São Paulo



Fortaleza



Maputo

Santo Rosario. El objetivo siempre fue el mismo: manifestar nuestra fe y confianza en la Providencia Divina y pedirle a Nuestro Señor Jesucristo, por medio de su Santísima Madre, que protegiera y bendijera a los fieles en los difíciles días por los que estamos pasando.

Vivimos, en efecto, tiempos de grandes cambios. Delante del panorama que se desvela ante nuestros ojos, los cálculos y fuerzas humanas poco valen. Pero ¿por qué hemos de perturbarnos? ¿No dice Jesús, en el Evangelio, que hasta los cabellos de nuestra cabeza están todos contados (cf. Lc 12, 7) y ninguno de ellos cae sin permiso divino (cf. Lc 21, 18)? Cercanos a la realización de las pro-

mesas de Fátima y sintiendo la impotencia humana ante las enfermedades, las fuerzas de la naturaleza e incluso las vicisitudes de la economía global, ha llegado el momento de que miremos hacia lo alto. Es necesario, más que nunca, pedir que las bendiciones de Jesús y de María descendan sobre nosotros y nos protejan en toda y cualquier circunstancia, por más complicada que sea.

Ese era el espíritu con el que los Heraldos del Evangelio realizaron las procesiones aéreas y marítimas. Y también con esa misma resolución tratan de llevar a cabo todas las actividades del día a día, en esta época de pandemia y confinamiento. ✧



San Salvador



Lisboa



Campo Grande



Asunción



Fortaleza

Fotos: Heraldos del Evangelio

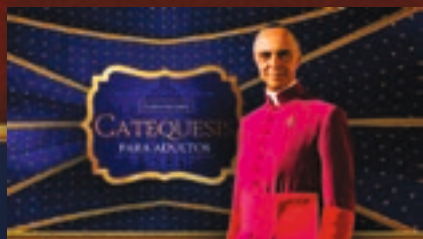
RECONQUISTA

FORMACIÓN CATÓLICA

«El conocimiento y la fe
son dos alas que nos
llevan a la santidad»

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP
Fundador de los Heraldos del Evangelio

Por eso los **Heraldos del Evangelio**
han preparado para usted y su familia la
plataforma de cursos en línea **Reconquista**.



Nuevos cursos cada mes y
los primeros **ya están disponibles:**

- ✓ Matrimonio católico
- ✓ Catequesis para adultos
- ✓ Latín litúrgico
- ✓ Consagración a la Santísima Virgen
- ✓ Camino hacia la santidad
- ✓ Ten intimidad con la Virgen María



**Acceda ya
e inscríbase**

WWW.RECONQUISTA.ARAUTOS.ORG





SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Médicos estadounidenses defienden la reapertura de las iglesias

A finales de mayo fue publicado en el sitio web de la Catholic Medical Association un estudio organizado por especialistas de hospitales y universidades de renombre en Estados Unidos en el cual se defendía la reapertura de las iglesias en el país.

Según estos profesionales, las iglesias pueden ser reabiertas «con tanta seguridad como otros servicios esenciales». El Dr. Anushree Shirali, nefrólogo de la Universidad de Yale, afirma que incluso las Misas pueden

ser consideradas más seguras que muchos de esos servicios.

Los autores del estudio (formados en Yale, Columbia, UCLA y Mayo Clinic) cuestionan la idea de que las iglesias presentan riesgos mayores para la propagación del virus y enfatizan que deben ser consideradas aliadas esenciales en la reconstrucción de la sociedad después de la pandemia. «Existen razones para creer que las iglesias pueden hacer un trabajo aún mejor protegiendo a las personas que otras instituciones de la sociedad», dice el documento.

Un inmunólogo de Yale, que anda envuelto en pesquisas clínicas sobre el virus, el Dr. Andrew Wang, dice que no encuentra claras razones científicas que justifiquen que un restaurante en el cual se prepara alimento para más de mil personas sea considerado más seguro que permitir a los católicos ir a Misa.

Los médicos también argumentaron que en medio a esta pandemia los sacramentos y el ministerio de la Iglesia son de vital importancia. Se-

gún ellos, además de los efectos del virus en el bienestar físico, también hay consecuencias psicológicas de «estrés y ansiedad» causadas por el retroceso de la economía y la incertidumbre con relación al futuro. Por eso, el Dr. Wang concluyó expresando su deseo de que «la Iglesia pueda ayudar en esta crisis global, como en todas las demás crisis globales anteriores a esta».

Trapenses retoman la producción de la mejor cerveza del mundo

En la ciudad belga de Vleteren, los monjes de la abadía de Saint-Sixtus retomaron la producción de la cerveza Westvleteren 12, considerada una de las mejores del mundo. Tal producción, que había sido interrumpida a causa de la pandemia del COVID-19, constituye una de las principales fuentes de ingresos del monasterio y por ese motivo decidieron continuar.

Uno de los religiosos de Saint-Sixtus, el Hno. Godfried, explica que es una tradición benedictina que los monjes se sustenten con el fruto de su trabajo: «Eso significa, en concreto,

La pandemia atrasa la reconstrucción de la catedral de Notre Dame

Las circunstancias generadas por la pandemia llevaron al gobierno de Francia a interrumpir temporalmente las obras de reconstrucción de la catedral de Notre Dame, inicialmente planeadas para que concluyeran en cinco años. De momento no hay previsión para la reapertura de este histórico monumento de la cristiandad.

Mientras tanto, las investigaciones sobre las causas del misterioso incendio del 15 de abril de 2019 siguen sin conclusiones concretas. En una entrevista a la revista *Marianne* el presidente de la Asociación de Arquitectos del Patrimonio francés, Rémi Desalbres, afirma que «las hipótesis sobre el origen del incendio apuntan a una colilla de cigarrillo o a un cortocircuito eléctrico. Para la mayor parte de los especialistas, en particular para los arquitectos especializados en monumentos históricos, dichas hipótesis nos parecen, no obstante, poco probables».



La catedral de Notre Dame durante el devastador incendio del 15/4/2019

GodefruyParis (CC BY-SA 4.0)

que hemos de vivir de nuestra fábrica de cerveza», concluye el trapense.

La histórica cerveza comenzó a ser elaborada en 1839, cuando el rey Leopoldo I les concedió el permiso. A pesar de eso su comercialización empezó algo más tarde, en 1878.

Los diecinueve religiosos de la abadía de Saint-Sixtus producen anualmente cerca de 5000 barriles de la bebida, que se vende en pequeñas cantidades en la puerta del monasterio. El motivo de la producción limitada es impedir que el trabajo en la cervecería supere a la vida de piedad, pues uno de los lemas de estos monjes es «no vivimos para hacer cerveza, hacemos cerveza para vivir».



Reproducción

La comunión en la boca es más segura desde el punto de vista médico

Tras el regreso de las Misas públicas en Italia el 18 de mayo, el presidente de la Asociación de Médicos Católicos italianos, el Prof. Dr. Filip-

po María Boscia, manifestó su contento con la medida y expresó su opinión con respecto a la manera más apropiada, desde el punto de vista de la salud pública, de dar la comunión.

Según el Prof. Boscia, que es un profesional muy reconocido en su país, las manos son la parte del cuerpo más expuesta a los virus. Por esa razón, defiende que «la comunión en la boca es más segura», ya que «la comunión en la mano es definitivamente más contagiosa».

A ese parecer añade un comentario sobre otras prácticas que han sido empleadas en la distribución del Santísimo Sacramento: «He leído acerca del uso de pinzas y también al respecto de la propuesta de distribuir las hostias consagradas en pequeños sobres. La verdad es que después de la gripe española seguimos practicando la comunión oral y todo fue como antes. Creo que estamos cruzando la línea del sentido común. No deberíamos estar persiguiendo ciertas cosas. Cuidar de la salud es importante, no hay duda, pero no debería llevarnos a exageraciones ni a extravagancias».

La Eucaristía es tan necesaria como el pan material

El 6 de mayo la agencia *AsiaNews* publicó una carta redactada por un

misionero del Pontificio Instituto de las Misiones Extranjeras que vive en Filipinas, el P. Stefano Mosca. En el documento, que aspira a contribuir al debate en Italia, el sacerdote llama la atención sobre la importancia que tiene el acceso a los sacramentos, especialmente durante el período de aislamiento generado por la pandemia del virus covid-19.

Según él, la comunidad católica de la isla de Mindanao, lugar en el que viene actuando en los últimos catorce años, ya muestra signos de colapso. Aunque el Estado se preocupe por enviar algunas ayudas que alivian parcialmente las necesidades nutricionales de la población, no ocurre igual con la necesidad espiritual, afirma el presbítero: «¿Quién se preocupa de distribuir la Eucaristía en las calles de las aldeas, de modo que también el alma sea alimentada, y no solo el cuerpo?».

Tras señalar que el mayor error de las autoridades gubernamentales ha sido el haber olvidado que el hombre «no es sólo estómago», el P. Mosca concluye que la verdadera crisis de hoy es la de «una vida cristiana que por varias circunstancias ha entrado en un “estado de reserva”, esperando que no se apague del todo».



APOSTOLADO DEL ORATORIO MARÍA, REINA DE LOS CORAZONES

¡Súmese a “María, Reina de los Corazones” para que su hogar participe en este apostolado junto con más de 30 000 familias que en España reciben un oratorio una vez al mes en sus casas!

Usted también puede ser coordinador(a) de un oratorio del Inmaculado Corazón de María.

¡Llámenos ya o escribanos solicitándonos más información!

C/ Doctor Guiu, 7 - 28035 - Madrid. Tel. 902 11 54 65

oratorio@heraldos.org

La basílica de Mineápolis fue dañada durante las protestas

Las protestas que ocurrieron en la ciudad de Mineápolis afectaron también a la histórica basílica de Santa María. Alborotadores entraron en el templo y arrojaron artefactos incendiarios en los bancos, causando graves daños en varios de ellos. Afortunadamente, el incendio fue controlado antes de que llegara a alcanzar mayores proporciones.

La basílica de Santa María fue dedicada en el año 1914, como pro-catedral, para la archidiócesis de Saint Paul y Mineápolis. El Papa Pío XI la designó basílica menor en 1926, la primera iglesia que fue denominada así en el país.



en.wikipedia.org



Fotos: Reproducción

Fotos publicadas en las redes sociales que muestran los estragos hechos por el fuego en los bancos.
Arriba, la fachada principal de la catedral

GAUDIUM PRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano



• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese

gratuitamente en

es.gaudiumpress.org



- ✓ 30 días con el Papa
- ✓ Mundo
- ✓ América Latina
- ✓ Roma
- ✓ Espiritualidad

El león y la hormiga

Luisa se detuvo aterrada ante el rey de los animales. Su presencia era imponente, majestuosa y altanera. Sin embargo, decidió hacerle una petición... ¿Cómo podría una hormiga granjearse las mercedes del león?

Denise María Ruiz Reyes



Cierta día, la pequeña Luisa paseaba por las distintas fortalezas que había en su territorio y, encantada, iba entrando en cada una para contemplar mejor las maravillosas construcciones hechas por sus antepasadas. Sí, porque Luisa formaba parte de una dinastía de hormigas que vivían desde hacía muchos años en aquella región.

Ya se encontraba casi al final del recorrido cuando oyó:

—¡Silencio, por favor!

Le picó la curiosidad por saber qué pasaba y se asomó a una gran sala donde había una muchedumbre de hormiguitas que estaban asistiendo a la clase de la hormiga maestra.

—Hoy estudiaremos al rey león —proseguía la profesora—. Es el animal supremo. Debemos mirarlo con temor y respeto, honrarlo y venerarlo. Pero al mismo tiempo tener mucho cuidado con él, pues si lo contrariamos con cualquier cosa, por mínima que sea, estaremos poniendo nuestras vidas en riesgo. Al ser tan poderoso, la menor sospecha le basta para que de nosotras, las hormigas, no quede ni polvo que guardar como recuerdo.

Luisa siguió su camino, absorta, imaginando cómo debía ser ese «animal supremo»...

Unas semanas después salió a pasear por el bosque. Iba alegre y ani-

mada, pensando qué alimento sería el mejor para la cosecha de ese día. De pronto, sus ojitos fueron atraídos por algo que jamás había visto: un cerezo. Aquellos frutos rojos, que más parecían venidos del Cielo, la dejaron fuera de sí!

Andaba rápidamente en dirección hacia el árbol cuando, de repente, sintió que la tierra temblaba y oyó un rugido tan fuerte que pensó que era el fin del mundo:

—¡Roaaarrr!

—¿Qué es eso? —se preguntó, asustada, la hormiguita.

Caminando más despacio pudo ver de qué se trataba: ¡se había topado con el león! Su pelo era dorado y

brillante, y una enorme melena rodeaba su cabeza. La cola, larguísima, se balanceaba amenazadora... Pero lo que más le asustaba era el tamaño de sus patas. De una sola pisada sería capaz de arruinar la más sólida fortaleza de las hormigas.

No se podía negar, sin embargo, cuán imponente y majestuosa era su presencia. Subido en una colina, el rey de los animales parecía que formaba pareja con el astro rey, que en ese momento arrojaba sus últimos rayos coloreando bellamente el cielo.

A pesar del miedo, Luisa no pudo contener una exclamación. En sus oídos resonaban las palabras de la maestra hormiga: «¡Con el león no se juega! Ni se os ocurra acercaros a él, y mucho menos dirigirle la palabra, si queréis seguir con vida». Pero Luisa era osada...

Entre una mezcla de temor y de admiración, se fue aproximando a la fiera, pues quería hacerle una petición: que le cogiera una cereza de aquel árbol hasta el cual no había logrado trepar. ¿Acaso el rey de los animales la atendería?

Si acercarse a él ya era una locura, cuánto más lo sería pedirle ese pequeño favor. Sí, pero nuestra hormiguita se sintió tan arrebatada por su grandeza y majestad que se olvidó de todos los principios de prudencia que había aprendido desde la cuna.

Entonces fue al encuentro del león y lo saludó, pero... el rey de los animales la ignoró por completo. Así que, mirándolo fijamente, le dijo con decisión:

—Oh, rey de los animales, ¿es que no veis a esta vuestra hermanita, tan eficaz, tan productiva, tan tenaz en su trabajo? ¿Por qué me despreciáis con tanta displancia?

El león, conteniéndose, le respondió:

—¡Ay, pobre hormiga, si supieras cuán vastos horizontes divisan

mis ojos, cómo mis vistas han sido hechas para alcanzar regiones lejanas! Y ahora vienes tú, oh infeliz, a querer atraer mi atención tan hecha para otros firmamentos.

Con mucha esperteza la hormiga le replicó:

—Oh león, me alegro de estar bajo vuestra sombra o, más bien, protegida por la luz de vuestra fuerza. ¡Habéis sido creado por Dios para representar la majestad tanto en el ataque como en la defensa! Y no sabéis cuánta admiración causáis en estas vuestras tan pequeñas y tan frágiles hermanas. ¡Las hormigas os veneran, oh león!

Entonces él exclamó:

—¿Cómo? ¡Nunca pensé que pudiera surgir un pensamiento tan sublime en un insecto tan insignificante!

Pero Luisa aún no había terminado. Recobrando el aliento, prosiguió:

—Soy tan frágil, tan nada, tan pequeña, que hago un esfuerzo enorme para desplazarme. El espacio



**«Soy tan frágil, tan pequeña...
¡Fijaos en esta hermanita vuestra y
ayudadla!»**

que vos alcanzáis de un solo salto exige de mí una larga caminata. No obstante, tengo la felicidad de contemplar vuestra grandeza.

¿No podríais siquiera desde ahí de lo alto echar un retazo de vuestra mirada para con esta pobrecita, insecto insignificante como habéis dicho? Fijaos en esta hermanita vuestra y ayudadla.

—¿Qué quieres, hormiguita?

—Oh venerable rey, yendo por valles y montes he podido conocer muchos frutos. Sin embargo, ninguno de ellos se compara a lo que hoy he visto: un cerezo. Cómo me gustaría poder tener un fruto de ese árbol, pero mi tamaño no me lo permite. ¿Tendríais la bondad de coger una cerecita para mí? Basta con una y le estaré eternamente agradecida, pues aun siendo tan grande sois capaz de auxiliar al menor de todos los animales.

—¿Sólo eso, pequeña hormiga?

—le respondió el león, asintiendo bondadosa y majestuosamente con la cabeza.

A continuación, se dirigió hacia el cerezo, escogió una hermosa rama cargada de frutos y la arrancó con sus poderosas garras. Y, conociendo la dificultad que Luisa tendría para transportarla, la llevó él mismo hasta la «fortaleza» de las hormigas, que para él no era más que un ridículo montón de tierra.

Aun así, la depositó cuidadosamente junto a la entrada principal y, con un digno gesto de caballero, le hizo una venia a la hormiga. Más que aquellas deliciosas cerezas, ella había conquistado la amistad del león, dándonos a nosotros, los humanos, una lección de cómo alcanzar, con temor, admiración y humildad, la benevolencia de Dios. ✧



LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Santos Justino Orona y Atilano Cruz, presbíteros y mártires (†1928). Sacerdotes mexicanos asesinados durante las persecuciones contra la Iglesia.

2. Beato Pedro de Luxemburgo, obispo (†1387). Nombrado obispo muy joven, destacó por su humildad, penitencia y devoción a la Santísima Virgen.

3. Santo Tomás, apóstol.

San Raimundo Gayrard, laico (†1118). Al enviudar, se dedicó a las obras de caridad, fundó un hospital y fue admitido entre los canónigos de la basílica de San Sатурnino, de Toulouse, Francia.

4. Santa Isabel, reina (†1336 Estremoz - Portugal).

Beato Pedro Jorge Frassati, laico (†1925). Joven italiano que, siendo de una familia adinerada, se alistó en varias asociaciones de seglares católicos en las cuales se dedicó con todas sus fuerzas a las obras de caridad.

5. XIV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Antonio María Zaccaría, presbítero (†1539 Cremona - Italia).

Beatos Jorge Nichols y Ricardo Yaxley, presbíteros, **Tomás Belson**, seminarista, y **Hunfredo Pritchard**, mártires (†1589). Asesinados en Inglaterra durante las persecuciones de Isabel I.

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (†1902 Nettuno - Italia).

Beata María Teresa Ledochowska, virgen (†1922). Noble austríaca, fundadora del Instituto de Misioneras del Sodalicio de San Pedro Claver, dedicado a auxiliar a las misiones en África.

7. Beata María Romero Meneses, virgen (†1977). Religiosa salesiana nicaragüense enviada a Costa Rica donde, durante cuarenta y seis años, se dedicó a la formación de las jóvenes.

8. Beato Mancio Araki, mártir (†1626). Murió en la cárcel en Shimabara, Japón, por haber dado refugio en su casa a un sacerdote, el Beato Francisco Pacheco.

9. Santos Agustín Zhao Rong, presbítero, y **compañeros**, mártires (†s. XVII-XX China).

Beata Juana Scopelli, virgen (†1491). Religiosa carmelita, fundó en Reggio Emilia, Italia, un monasterio del que fue priora. Se destacó por su gran devoción a la Virgen y por sus austeras penitencias.

10. San Apolonio de Sardes, mártir (†s. inc.). Sufrió el martirio de la crucifixión en Iconio, en la actual Turquía.

11. San Benito, abad (†547 Monte Cassino - Italia).

San Abundio, presbítero y mártir (†854). Muere decapitado en Córdoba durante la persecución de los musulmanes y luego su cuerpo es abandonado para que fuera devorado por perros y bestias salvajes.

12. XV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Pedro Khanh, presbítero y mártir (†1842). Al ser reconocido como sacerdote mientras pasaba por la aduana, es preso, torturado y decapitado en Nghê An, Vietnam.

13. San Enrique, emperador (†1024 Grone - Alemania).

Beato Fernando María Baccilieri, presbítero (†1893).

Fundó en Galeata, Italia, la Congregación de las Siervas de María.

14. San Camilo de Lellis, presbítero (†1614 Roma).

San Francisco Solano, sacerdote (†1610). Misionero franciscano, predicó el Evangelio en los más recónditos lugares de América del Sur.

15. San Buenaventura, obispo y doctor de la Iglesia (†1274 Lyon - Francia).

Beata Ana María Javouhey, virgen († 1851). Fundó la Congregación de las Hermanas de San José de Cluny.

16. Nuestra Señora del Carmen.

San Atenógenes, mártir (†c. 305). Fue quemado vivo tras haber dejado a sus discípulos en herencia un himno sobre la divinidad del Espíritu Santo.

17. Beatas Teresa de San Agustín y quince compañeras, vírgenes y mártires (†1794). Religiosas del Carmelo de Compiègne, guillotinas durante la Revolución francesa.

18. San Arnulfo, obispo (†640). Obispo de Metz y consejero del rey Dagoberto, renunció al cargo para llevar vida eremítica en los montes Vosgos.

19. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Epafras, discípulo de San Pablo. Predicó el Evangelio en Colosas, Laodicea y Hierápolis.

20. San Apolinar, obispo y mártir (†c. s. II Ravena - Italia).

San Elías Tesbita, profeta.

San Aurelio de Cartago, obispo (†c. 430). Íntimo amigo de

San Agustín. Elegido obispo de Cartago preservó a su grey de las costumbres paganas.

- 21. San Lorenzo de Brindis**, presbítero y doctor de la Iglesia (†1619 Lisboa).

San Alberico Crescitelli, presbítero y mártir (†1900). Sacerdote de las Misiones Extranjeras, sometido a brutales torturas y finalmente despedazado por los adeptos de la secta Yihetuan, en China, durante la guerra de los bóxers.

- 22. Santa María Magdalena.**

Santos Felipe Evans y Juan Lloyd, presbíteros y mártires (†1679). Ahorcados durante el reinado de Carlos II de Inglaterra, por ejercer en su patria el ministerio sacerdotal.

- 23. Santa Brígida**, religiosa (†1373 Roma).

Beato Basilio Hopko, obispo y mártir (†1976). Obispo auxiliar de Presov, Eslovaquia, preso y sometido a torturas por ejercer su ministerio pastoral. Murió como consecuencia de una grave enfermedad contraída en la cárcel.

- 24. San Sarbelio Makhlûf**, presbítero (†1898 Annaya - Líbano).

Santa Cunegunda, religiosa (†1293). Hija del rey de Hungría, casada con el príncipe de Cracovia, Polonia. Ambos vivieron en perfecta castidad. Tras la muerte de su esposo se hizo religiosa clara en el monasterio fundado por ella en Sary Sacz.

- 25. Solemnidad del apóstol Santiago.**

Beatos Rodolfo Aquaviva, Alfonso Pacheco, Pedro Berna, Antonio Francisco, presbíteros, y **Francisco Aranha**, religioso, mártires (†1583). Misioneros de

la Compañía de Jesús en la India, asesinados por odio a la cruz.

- 26. XVII Domingo del Tiempo Ordinario.**

San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen María.

San Jorge Preca, presbítero (†1962). Se dedicó a la formación catequética de los jóvenes y fundó en la isla de Malta la Sociedad de la Doctrina Cristiana.

- 27. San Félix y Santa Liliusa**, mártires (†852). Matrimonio decapitado por los sarracenos en Córdoba, España, al dar testimonio de su fe cristiana.

- 28. San Víctor I**, Papa (†c. 200). De origen africano, estableció que el día de la Pascua fuera celebrado en toda la Iglesia el domingo siguiente a la Pascua judaica.

- 29. Santa Marta.**



Sergio Holman

San Enrique, emperador - Iglesia de Santa Catalina, Thannenkirch (Francia)

Beatos Luis Bertrán, Mancio de la Santa Cruz y Pedro de Santa María, mártires (†1627). Misioneros españoles quemados vivos en Omura, Japón.

- 30. San Pedro Crisólogo**, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 450 Imola - Italia).

Beato Zósimo Izquierdo Gil, presbítero y mártir (†1936). Sacerdote fusilado durante la guerra civil española. En la cárcel oía en confesión a los presos y rezaba con ellos el Rosario.

- 31. San Ignacio de Loyola**, presbítero (†1556 Roma).

San Fabio, mártir (†303-304). Cristiano condenado a muerte en Cesarea de Mauritania, actual Argelia, por haberse negado a llevar la bandera del gobernador en una ceremonia pagana.

¿Palacio o cueva?

En los momentos de fervor nos sentimos llamados a cintilar cuales gemas preciosas, relucientes de santidad. Sin embargo, en cierto momento, Dios permite que esas luces se apaguen...



Hna. Angelis David Ferreira

Mar, rocas, sol... Elementos tan dispares entre sí, pero que forman una bellísima combinación. Juntos, crean espacios armónicos, propios a producir bienestar y llenar de alegría el alma admirativa.

La famosa isla de Capri, al sur de la península itálica, abriga la Gruta Azul, en donde se da un fascinante fenómeno. Bañada por el mar en su interior pétreo, una coloración azul brillante recubre toda su concavidad cuando sus aguas son iluminadas por el sol. Durante el día las paredes no parecen estar hechas de piedra tosca, sino más bien talladas en un enorme zafiro.

Ahora bien, si tuviéramos la oportunidad de visitar esa gruta al

anochecer nos daríamos cuenta de que, en realidad, aquellas rocas nunca han sido zafiros, ni que la atrayente luz era inherente a la cueva. Constataríamos con tristeza cómo el fabuloso escenario, que parecía sacado de un cuento de hadas, iba poco a poco transformándose en una sombría morada de murciélagos...

Tal vez una veta azul de casi insignificante resplandor, esbozada sobre la superficie de las aguas, nos recordara que la luna estaba brillando en el exterior; sólo eso... Hasta el viento silbaría frío e inhóspito en la gruta, al paso que, mientras rayaba el sol, un discreto murmullo acompañaba una suave y fresca brisa.

Algo similar sucede con el alma en estado de gracia. Por la acción del

Espíritu Vivificante, las rudas piedras de su interior son tomadas por la luz sobrenatural. No obstante, a diferencia de lo que ocurre en la referida gruta —cuyas paredes jamás se convertirán, de hecho, en zafiros—, la gracia nos hace participar efectivamente de la vida divina.

En los momentos de fervor, nos sentimos llamados a cintilar cuales gemas preciosas, relucientes de santidad. Todo se reviste de brillo, de color, de encanto. Golpean brisas refrigeradoras, las aguas alcanzan una temperatura ideal y el sol no nos tortura con su calor.

Sin embargo, de repente Dios permite que esas luces se apaguen y que el demonio nos susurre al oído: «¿No ves cuánta mentira? Todo lo



La Gruta Azul, por Carl Friedrich Seiffert (1860) - Antigua Galería Nacional, Berlín

que creías que era verdadero no deja de ser una ilusión transitoria. Esta es la realidad: frío, fealdad, murciélagos, oscuridad».

¿Tal fascinación habrá sido entonces mera imaginación? ¿Acaso nos invitaría el Altísimo a las sublimidades de lo sobrenatural sin darnos la capacidad de llegar hasta las alegrías eternas? ¿Nuestras miserias e insufi-

ciencias nos postrarían para siempre en lo más vil?

¿A quién creeremos? ¿Al Dios de la verdad o al padre de la mentira? La respuesta no puede ser más obvia.

Pero si las artimañas infernales son constantes y amenazan con debilitar nuestra esperanza, no lo dudemos: arrodillémonos, juntemos

las manos y elevemos nuestro corazón, con confianza, a aquella que es la Madre de Misericordia. La Virgen conoce y ama los designios de su divino Hijo con respecto a nosotros y Ella misma cumplirá la promesa de transformar nuestra sombría y tosca gruta interior en un estupendo palacio, lleno de luz y de gloria. ✧



Reproducción

Renacidos en el Corazón de María

El Paráclito se había unido a María de manera tan íntima y profunda que ambos formaban, por así decirlo, un solo espíritu: el Consolador todo lo realizaba por medio de su Esposa y en su interior engendrabas todas las gracias. Pero era necesario que Nuestra Señora fuera como que introducida en el seno de la Santísima Trinidad a fin de que, de ahí en adelante, actuara con la fuerza y la intensidad de las tres Personas divinas, para beneficio de la Iglesia. Esto solamente sería posible a través del Espíritu Santo, pues el vínculo existente entre los dos le comunicaba todos los derechos de su Esposo místico, permitiéndole actuar en su nombre y con su mismo poder.

El desposorio espiritual realizado en la Anunciación ya le había otorgado a la Virgen ese don, pero, en atención a la misión de Jesús, se mantuvo oculto en su Corazón. La fuerza divina que palpitaba en Pentecostés floreció y se expandió al Colegio Apostólico, y todos comenzaron a participar de los dones, virtudes y carismas del alma de Nuestra Señora: en suma, se convirtieron en un desdoblamiento de Ella para con el mundo. Y, como ellos renacieron en el Corazón de María por la acción del Espíritu Santo, su misión permaneció vinculada a Ella para siempre.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP